

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SAN JOSÉ, «HIJO DE DAVID», PATRIARCA DEL PUEBLO DE DIOS

En la festividad
de san José

Una más plena
devoción
josefina

San José,
verdadero
esposo de la
Virgen María

El «Evangelio
de Pablo» en los
Comentarios
de santo Tomás

El Corazón de
María en la Pasión
de Cristo



«La Sagrada Familia del pajarito»,
de Murillo (fragmento)

«En el umbral del Nuevo Testamento, como al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero mientras la de Adán y Eva había sido la fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice por medio del cual se difunde la santidad por toda la tierra.»

PABLO VI: alocución al movimiento
«Équipes de Notre-Dame» (4-5-1970)

Sumario

En la festividad de san José <i>Francisco Canals Vidal</i>	3
Una más plena devoción josefina. Carta de una monja carmelita descalza	7
San José, verdadero esposo de la Virgen María <i>Ramon Gelpí</i>	15
La muerte pascual de san José <i>José Brioschi</i>	18
El padre José María Vilaseca, el devoto de san José de los tiempos modernos <i>Xavier Bisbal i Talló</i>	22
Declaración conjunta católico-protestante sobre la justificación por la fe	25
El «Evangelio de Pablo» en los Comentarios a las epístolas de san Pablo (contra los judaizantes) de santo Tomás de Aquino <i>Francisco Canals Vidal</i>	26
Próximo congreso internacional sobre el Sagrado Corazón, «Cor lesu, Fons Vitae». Programa	30
Contemplando la vida de Cristo. Jesús en el Huerto de los Olivos <i>Ramón Gelpí</i>	32
El Corazón de María en la Pasión de Cristo y en la de los mártires. Testimonio del cartujo Juan Gerech Landsberg <i>Guillermo Pons Pons</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	38
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	39
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	41
Hace 60 años <i>J. M.ª P. S.</i>	43

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

MARZO es el mes de san José. Nuestros lectores están acostumbrados a que cada año nos hagamos eco de esta celebración. Nos sentimos radicalmente «josefinos» y queremos contribuir a que la figura de san José sea mejor conocida y más venerada. Este año queremos fijarnos precisamente en aquel aspecto más fundamental de la figura del Santo, constituido por el papel esencial que jugó en la venida al mundo del Hijo de Dios. Hemos de acostumbrarnos a entender el papel singular de José, del todo semejante al de la Virgen María. Como dijo ya san Agustín, José es verdadero padre de Jesús, y como enseñó certeramente Suárez, su función no es la de ser un predicador del Evangelio, sino hacer posible la misma Encarnación, origen y fuente de toda la Buena Nueva. Hablamos de aquel por quien Jesús es llamado «Hijo de David», porque «el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen, desposada con un varón de la estirpe de David» (Lc 1,26-27). La Virgen María, la Madre virginal del Hijo de Dios, «entra en escena», por decirlo con palabras coloquiales, «de la mano de José». A partir de aquí, cada vez que el santo Patriarca aparece en el Evangelio es para poner de manifiesto que juega un papel esencial, de padre, en la vida de Jesús. Es cierto que su presencia es breve y que desaparece, por decirlo también coloquialmente, en silencio; pero si estos escasos pasajes se contemplan a la luz de una correcta exégesis bíblica y de la vida social y religiosa del pueblo de Israel, el «pueblo elegido», se advierte que ejerce reiteradamente una paternidad. San José es la cabeza de la Sagrada Familia, el esposo de la Virgen María, el padre de Jesús. De esta triple condición se derivan las numerosas advocaciones del Santo, de esta triple condición hay que derivar la devoción.

Estamos seguros de que contribuirá a un mejor conocimiento de la vida de san José y a un aumento de la devoción el libro que acaba de publicar nuestro colaborador el doctor Francisco Canals, titulado *San José en la fe de la Iglesia*, del que damos una breve noticia en estas mismas páginas, a la espera de una reseña más extensa. Dos libros, numerosos artículos en revistas especializadas y contribuciones a simposios y congresos han situado al autor en primera línea de la investigación josefológica. Canals ha puesto de relieve en sus trabajos, con teología positiva, que no se puede entender con plenitud el misterio de la Encarnación, la economía de la Salvación, sin la figura de José. De él es el artículo que abre este número.

Queremos llamar también la atención del lector hacia la extensa carta de una monja carmelita descalza que es una hermosa –y fundamental– contribución a este número josefino. Su contenido es profundamente doctrinal, teológico, con una base escriturística, aderezado con las vivencias personales que lo han generado. Es una teología experimentada como don de Dios, de una digna hija de santa Teresa. Pero su lenguaje llano es un magnífico instrumento para meditar las sencillas grandezas de san José.

En la festividad de san José

FRANCISCO CANALS VIDAL

LA fecha del 19 de marzo, que desde hace algunos siglos mantiene la presencia de san José en el calendario católico, nos invita siempre a reflexionar sobre el arraigo creciente, en la conciencia cristiana y en el sentimiento del Pueblo de Dios, de la imagen del esposo de María y «padre» de Jesús.

Se ha hecho un tópico recientemente la afirmación de que tenemos, en los textos evangélicos, pocos datos sobre san José. No entremos, sin embargo, en discusiones y constatemos algunas de las certezas que de la lectura de los Evangelios resultan. Comencemos por notar que el nacimiento en Belén del Hijo de Dios se debe a la inscripción en el censo, por parte de José, que la realiza en la ciudad de David, Belén, de quien él se sabía descendiente. Es cierto que, en el Evangelio, la constatación de la descendencia davídica de José se relaciona esencialmente con la mesianidad de Jesús, en quien se cumplen las profecías hechas al patriarca David: la filiación davídica de Jesús se relaciona con la de José; el nombre de «hijo de David» sólo se dice de dos personas en el Evangelio: de Jesús y de José, su padre.

Pensemos seguidamente que José es encargado divinamente, por ministerio angélico, de poner el nombre al Hijo que María ha concebido por obra del Espíritu Santo, el nombre de Jesús, es decir, «el Salvador del pueblo de sus pecados»: «José, Hijo de David, no temas recibir contigo a María como tu esposa, porque ella dará a luz un Hijo engendrado por obra del Espíritu Santo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará al pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21).

El cumplimiento de este mandato de poner el nombre que significa, precisamente, «el encargado de la salvación del pueblo» lo encontramos referido por el evangelista Lucas al notar que: «Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno» (Lc 2,21). Ya sabemos que el encargado de circuncidarle y darle el nombre no es otro que José.

También una aparición en sueños de un ángel del Señor manda a José huir a Egipto: «El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al Niño para matarle”. Él se levantó, tomó de noche al Niño y a su Madre y se retiró a

Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,13-15).

Pero también un mandato divino es el que lleva a José a ir a Nazaret, cumpliendo así la profecía: «Muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo a José en sueños y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su Madre y ponte en camino hacia la tierra de Israel”. Él se levantó, tomó consigo al Niño y a su Madre y entró en tierra de Israel, pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliera el oráculo de los profetas: “Será llamado Nazareno”» (Mt 2,19-23).

En esta serie coherente e insistente de pasajes evangélicos que muestran a José como el que recibe de parte de Dios, por caminos extraordinarios de apariciones angélicas, las advertencias que han de salvar al Niño de las persecuciones y que señalan los rumbos de la vida del Señor (que ya no vuelve a Belén, donde nació, en la Judea, sino que va a vivir a Galilea, en Nazaret) aparece siempre José como el que recibe el encargo divino de organizar la vida de Jesús, y sobre María, cuya obediencia a José en cumplir las órdenes divinas brilla por el hecho de no tener que ser nunca citada como si tomase iniciativas, destaca por lo mismo la autoridad patriarcal de José.

José vuelve a aparecer, esta vez unido a María y con una actitud expresamente de unidad de sentimientos y criterios con ella, en la pérdida del Niño en el Templo y cuando María y José, al hallarlo, le interrogan por qué se ha portado así con ellos. Es María la que dice: «¿No sabías que tu padre y yo te buscábamos con dolor?». Los textos de san Mateo hasta aquí citados expresan un total protagonismo y responsabilidad de José, mientras María se muestra como de una total y pasiva obediencia a su esposo.

Otros pasajes de Lucas, referentes a la presentación de Jesús en el Templo, o al episodio, ya cumplidos los doce años por el Niño, de la pérdida de éste (que es hallado después entre los maestros de la Ley), vienen a mostrar una nueva etapa en la vida de Jesús en que su Madre tiene ya una comprensión del Niño, y se aprecia una evolución, allí mismo aludida, del crecimiento en edad y en gracia de Jesús, el Hijo de Dios encarnado: «Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos según la Ley de Moisés, lle-

varon a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley del Señor» (Lc 2,22).

«He aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidó por el Espíritu vino al Templo y cuando los padres introdujeron al Niño Jesús para cumplir lo que la Ley prescribía sobre Él, le tomó en brazos y bendijo al Señor, diciendo (...)» (Lc 2,25-28). Y en los versículos 29 a 32 el evangelista inserta el himno de acción de gracias que conocemos como *Nunc dimittis*.

El evangelista narra después que «su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de Él». Simeón los bendijo, y dijo a María, su Madre: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2,33-35). Vemos en esta escena una actitud compartida por los dos esposos, aunque finalmente la profecía de Simeón se dirige en concreto a María porque, al parecer, profetiza su presencia en la Pasión de su Hijo y en su muerte en la cruz. Probablemente, la ausencia de José es de fácil explicación y daría razón también de que Jesús, al morir, confíe a su Madre al Apóstol amado, Juan: José había muerto, no sabemos cuándo pero ciertamente antes de los acontecimientos de la Pasión.

El primero de los episodios de Lucas concluye con la cita de la profecía de Ana que nota el evangelista «que hablaba del Niño a todos los que esperaban la Redención» (Lc 2,34). Sigamos leyendo al evangelista Lucas en un importantísimo conjunto de textos sobre Jesús Niño y sus padres:

«Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El Niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre Él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos, como de costumbre, a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el Niño se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca, y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que le oían estaban estupefactos, por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos y su Madre le dijo: «¿Por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Él les dijo: «¿Por qué me buscabais?

¿No sabías que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Y bajó con ellos, y vino a Nazaret, y vivió sujeto a ellos. Su Madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,19-32).

El contraste absoluto que ofrece la escena del Niño Jesús perdido en el Templo, narrado en el evangelio de san Lucas, con el milagro de las Bodas de Caná, en que el protagonismo de María es tan decisivo y exclusivo que la narración evangélica de Juan comienza notando que «Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la Madre de Jesús. Fue también llamado Jesús con sus discípulos.» (Jn 2,1-3), sería coherente con la opinión de los exegetas que han afirmado la muerte de san José antes del comienzo de la vida pública del Señor.

Parece que este período duró algunos años, y no es cierto que en el Evangelio no tengamos dato alguno sobre el mismo, o sobre la presencia de José en la vida de Cristo. Mientras algún evangelista, como Marcos, llama a Jesús «el carpintero» y «el hijo de María» (Mc 6,3), otros le llaman «hijo del carpintero» (Mt 13,55) o «hijo de José» (Lc 4,22). Esta misma diversidad terminológica sugiere no sólo la convivencia del padre José con la esposa María y el hijo Jesús, sino la colaboración en la tarea artesana del taller de José. Es digno de ser meditado que los textos evangélicos sugieren como muy probable, prácticamente como cierto, que entre la muerte de José y el comienzo de la vida pública del Señor se dio una situación cuya longitud cronológica no podemos medir, pero suficiente para que Jesús fuese conocido no sólo como «el hijo de José, el carpintero», sino propiamente como «el carpintero»: es decir, el Verbo encarnado ejercería la actividad artesana en el que había sido el taller de José.

Algún biógrafo eminente de san José afirma que José murió cuando había cumplido totalmente la misión, divinamente encomendada, de custodia paterno del Hijo del Hombre, es decir, del Hijo de Dios encarnado. Por tanto, la muerte de José, precisamente por su indefinición cronológica, es un hecho que nos invita a la meditación. Es el momento éste de decir algunas cosas que pensamos poco y que, por lo mismo, nos llevan, por esta ausencia nuestra de reflexión, a la incomprensión de aquel que santa Teresa de Jesús ponderaba como «intercesor eminente» por haber sido, en la tierra, el que había regido a Cristo en su vida temporal, y a quien la Iglesia contemporánea ha reconocido como «padre y protector del Pueblo de Dios y, por ello, patrono del Concilio ecuménico Vaticano II».

San José, que no creyó en la divinidad de su Hijo porque oyese esta predicación en los Apóstoles de

Cristo, sino que la creyó por su docilidad obediente a las inspiraciones divinas transmitidas por los ángeles, no entró en la Iglesia de Cristo por la recepción del Bautismo. Ubertino de Casale afirma que san José pertenece al Antiguo Testamento, lo cual está en él dicho con intención profunda y verdadera, pero no es una afirmación precisa y oportuna. José, que con María cumple una misión de introducir en el mundo al Hijo de Dios Salvador, y a quien le fue confiado por Dios, por ministerio angélico, dar a Jesús este nombre referente a la Salvación del pueblo de Israel y de toda la humanidad de sus pecados, tiene una fe cuyo origen y sentido es superior al de quienes entramos en la Iglesia por haber aceptado la predicación apostólica, es decir, de los enviados de Jesús. A José, como a María, es el mismo Dios quien les confía precisamente una actividad paterna de dar a la humanidad al mismo Verbo que se ha hecho carne y que ha habitado entre nosotros por la acción obediente por la que dan cumplimiento al designio divino de la Encarnación redentora.



Imagen que evoca el patrocinio de san José sobre la Iglesia universal

En algunos momentos del desarrollo progresivo de la devoción a san José en la Iglesia, no faltan, en algunos autores muy fervorosos, atisbos de desconcierto por la falta de actividad apostólica y de misión apostólica del patriarca José. Su misión no era anunciar a los hombres la venida al mundo del Hijo de Dios, sino el servicio doméstico y cotidiano a esta venida. Es mucha la grandeza de esta misión que el patriarca José cumple por su pertenencia al orden hipostático, y que providencialmente dispuso Dios que se realizara en Nazaret de Galilea y con la sencillez y pequeñez que tantas veces sorprendió a sus contemporáneos y tantas veces ha quedado incomprendida entre quienes han creído en la divinidad de Cristo pero no han sentido el mensaje exigente de la infancia espiritual.

No deja de ser significativo que la santa doctora de la Iglesia Teresita del Niño Jesús afirmase que desde su infancia en ella se habían confundido la devoción a san José con la devoción a la Santísima

Virgen. Esta afirmación nos resultará desconcertante siempre que la excelencia y dignidad de María en el orden de la santidad queramos juzgarla al modo de una excelencia humana y no se centre nuestra

meditación en la pequeñez evangélicamente infantil de María y de José, que fue comprendida íntimamente por sus más grandes devotos. Sólo podremos participar de aquella misteriosa e iluminadora «confusión» de que habla Teresa de Lisieux si sabemos ver en María y en José el ejemplo más excelente de aquella infancia espiritual sin la que no podríamos entrar en el Reino de los cielos. ¿Quién podría dudar de que la Reina del universo, la Madre de Dios, nos muestra el ejemplo más decisivo de aquella infancia espiritual que Jesús afirmó como condición indispensable para la entrada en el Reino de los cielos? ¿Y quién podría dudar de que el santo que más compartiera esta infancia y más se asemejó a María, «la esclava del Señor», fue el Patriarca silencioso y obediente a quien le bastaba tener la certeza de la voluntad de Dios para ponerse activamente a cumplirla?

La lectura de los evangelios de Mateo y Lucas (e incluso la de Marcos, que no menciona nunca directamente a José, sino que le llama «esposo de María» pero que llama a Jesús «el carpintero») nos sugiere, pues, tres relaciones del patriarca José con la vida de Jesús, el Salvador de Israel y del mundo:

En la primera, José recibe por encargo divino toda la responsabilidad de introducir en el mundo a Jesús, «el Hijo de David», «el Salvador del pueblo de sus pecados». Por él nace en Belén, la ciudad de David, el Mesías y, después de defenderle en la huida a Egipto, por él va a ser Jesús el Nazareno.

En una segunda etapa, que abarca primero la infancia y después la vida oculta del Señor, la acción de José es siempre inseparable de María y luego José y Jesús colaboran en algo tan humano y cotidiano como el trabajo de un taller. El mismo Jesús es llamado primero «el hijo del carpintero» y finalmente «el carpintero». La presencia de José en lo que po-

dríamos llamar inculturación rural y doméstica del Hijo de Dios es la de un padre de familia que la sustenta con su trabajo en un modesto taller.

Vemos, pues, una tercera etapa en que no destaca siempre la acción conjunta de María y José, sino la responsabilidad paterna en el trabajo por la que el Patriarca sustenta a su esposa y a su Hijo. Estamos en la fase silenciosa y sin acontecimientos visibles de la vida de José en la Sagrada Familia de Nazaret.

Estas tres distintas relaciones las ha vivido el pueblo cristiano en las escenas contempladas en nuestros belenes. En la primera infancia de Jesús, después en el recuerdo del Niño Jesús en el Templo (reencuentro por Jesús y María) y, finalmente, en la presencia, en la vida de familia, del trabajo artesano iniciado por José y, al parecer, heredado por Jesús. No sabemos por cuánto tiempo, como no sabemos el tiempo que medió entre la muerte de José y el comienzo de la vida pública del Señor, en la

que está ya presente María, que toma la iniciativa del primer milagro, la conversión del agua en vino en las Bodas de Caná.

No hallamos ya a José en ningún momento de la Pasión del Señor, pero no quiero silenciar que muchos y grandes y autorizados escritores eclesiásticos y teólogos hablan de José como resucitado al tiempo de la Resurrección de Jesucristo para estar ya siempre presente, en cuerpo y alma, ascendido a los cielos. Recordemos que Suárez afirma que los que esto opinan no pueden ser acusados de opinión aventurada e infundada, sino de verosímil y coherente con la Providencia divina, coherente con que la Iglesia confíe en la autoridad de José en la vida eterna, continuadora de la que tuvo sobre el Hijo encarnado en la tierra, como lo vio santa Teresa, y su protección patriarcal sobre la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, como la sintió Juan XXIII al designar a José como patrono del Concilio Vaticano II.

Letanías de san José

Señor, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Cristo, escúchanos.

Dios, Padre celestial, *Ten piedad de nosotros.*

Dios Hijo, Redentor del mundo,

Dios Espíritu Santo,

Santa Trinidad, un solo Dios,

Santa María, *Ruega por nosotros.*

Ilustre descendiente de David,

Luz de los patriarcas,

Esposo de la Madre de Dios,

Custodio purísimo de la Virgen,

Nutricio del Hijo de Dios,

Diligente defensor de Cristo,

Jefe de la Sagrada Familia,

José justo,

José casto,

José fuerte,

José obediente,

José fiel,

Espejo de paciencia,

Amante de la pobreza,

Modelo de obreros,

Gloria de la vida doméstica,

Custodio de vírgenes,

Sostén de las familias,

Consuelo de los desdichados,

Esperanza de los enfermos,

Patrono de los moribundos,

Protector de la santa Iglesia,

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo

Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo

Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo

Ten piedad de nosotros.

V. Lo nombró administrador de su casa.

R. Y señor de todas sus posesiones.

ORACIÓN

¡Oh Dios, que con inefable providencia te dignaste elegir a san José para esposo de tu Santísima Madre!; te rogamos nos concedas tenerlo como intercesor en el cielo, ya que lo veneramos como protector en la tierra. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Una más plena devoción josefina

Un lector de la revista nos envía este escrito –que es en origen una carta que recibió el pasado mes de mayo de una monja carmelita descalza a la que visita con alguna frecuencia– y que consideramos, como esperamos lo juzgarán nuestros lectores, muy importante y por ello digna de ser publicada a modo de artículo josefino. Al presentar esta carta como un escrito nos hemos permitido ponerle un título que exprese lo mejor posible su contenido. Esta ha sido, junto con esta breve presentación, la única tarea de nuestra redacción.

Con la intención de mantener la práctica totalidad del texto no hemos omitido que en esta carta sale a colación que su autora, en un momento anterior, escribió al destinatario una primera carta, con el mismo tema, que éste contestó y que aquí no se incluye ni conocemos. El hecho, no obstante, tiene su pequeña relevancia al poner de relieve la misma persistencia temática en ambas cartas que dejan fuera de consideración toda posible precipitación circunstancial. La segunda carta es la que ahora se publica, pues quien nos la envía la considera más completa y sistemática. Como advertirá el lector, su contenido es profundamente doctrinal, pero sin ocultar aquellas circunstancias personales que su autora narra, a modo autobiográfico, como en realidad acontecieron, en tanto que escribe no sólo sus reflexiones teológicas sino también las vivencias espirituales en las que se han generado. Es una teología josefina hecha no sólo «de rodillas» sino esencialmente experimentada como «don» de Dios.

El escrito contenía, lógicamente, en su comienzo epistolar un párrafo personal que nuestro remitente nos dice que ha suprimido y así el texto comienza donde se pondera, a modo de pórtico, la necesidad de que el hombre actual –tan necesitado de protección sobrenatural y renovación interior– vaya conociendo cada vez más el misterio grande de la función del patriarca san José. Al margen de este párrafo sin relevancia, el escrito es el texto íntegro hasta su despedida final en la que se piden oraciones para la próxima elección de Madre Priora de aquel monasterio.

Hemos omitido, por nuestra parte, la referencia toponímica que sitúa a nuestra monja carmelita en su monasterio concreto y que, en toda carta, revela su origen. Esta deliberada omisión «local» nos ha parecido necesaria pues este dato podría restar a su contenido la importancia que en realidad tiene. Hemos considerado que esta

carta es, en verdad, un escrito y, además, inspirado. Constituimos los redactores y lectores de CRISTIANDAD un modesto pero serio conjunto de devotos del Corazón de Jesús, devotos de la Virgen y también devotos de san José. Al igual que santa Teresita –como lo advierte Canals– nos parece muy positivo en orden a la comprensión plena no sólo de la devoción a san José sino incluso de la devoción a la Virgen que ambas devociones «se nos confundan» en el sentido filológico del término. Pensando siempre en la elaboración de una teología de la historia, fin propio de esta revista, creemos que forma parte integral de ella que se interprete correctamente también el verdadero progreso teológico que caracteriza a la santa Iglesia católica y seamos incluso capaces de colaborar a su incremento, según aquella sentencia de León XIII al decir que acerca de san José parece que es el pueblo fiel quien ha precedido en muchos casos al magisterio de la Iglesia. Pero lo importante es que el Magisterio lo hace finalmente suyo y lo enseña a toda la Iglesia. Este escrito es una aportación en esta línea.

Obligado es decir, de corazón, que agradecemos mucho a la autora y a su madre priora nos permitan su publicación, que hacemos únicamente, como la propia autora, para mayor gloria de san José y bien de la iglesia que él protege como su «heredad».

Quedaría sólo decir algo acerca del contenido de un escrito, tan sólido y denso, que el lector pudiese agradecer antes del comienzo de su lectura, que podría parecerle a priori fatigosa por su misma extensión. Pero no nos atrevemos a hacer ni un resumen ni siquiera una guía de lo que en este documento se contiene. El escrito ya es en buena manera muy sistemático y ordenado. Advertirá el lector que se funda más en diversas citas escriturísticas del Antiguo y Nuevo Testamento que en tantos posibles textos de teología patristica o escolástica. Ello es muy lógico dada la reflexión en que se mueve principalmente su autora. Pero sepa el lector que damos fe de que su contenido ha merecido la más completa aprobación de un experto en teología josefina como nuestro querido redactor el profesor Canals –doctor en Teología con su tesis sobre san José y autor de dos libros sobre el Santo– asiduo colaborador de CRISTIANDAD, donde ha publicado muchos artículos sobre san José y de diversas revistas josefinas especializadas, entre las que destacan por su profusión los numerosísimos artículos en la po-

pular revista barcelonesa «La montaña de san José». El doctor Canals es la única persona mencionada por su nombre en este escrito a propósito de una cuestión puntual muy importante: el papel del verdadero matrimonio entre José y María como la «nueva pareja» que nos ha de traer la salvación, como la primera fue causa de nuestra perdición. Dos papas –Pablo VI y Juan Pablo II– se han referido a este hecho que había pasado inadvertido hasta ellos.

Y esta es, quizá, la única guía que puede ayudar al lector a entrar en el gran misterio de san

José. Repensar, sin prejuicios, el verdadero valor y sentido de aquel virginal matrimonio y aquello a lo que se ordena: la venida al mundo de Nuestro Salvador Jesucristo, el Mesías prometido, rey de Israel y rey de todo el género humano. Deseamos a nuestros lectores que gocen espiritualmente y se enriquezcan, con riquezas humildes y provechosas, con la lectura de este escrito.

En nombre de la Redacción
Josep M^a Mundet i Gifre
Director de CRISTIANDAD

* * *

Monasterio carmelita
19.V. 2006

J.M. + J.T.

Jesús Resucitado envíanos tu Espíritu Santo.

Parece que ha llegado la hora de S. José. Nunca como ahora que el ser humano necesita otra vez ser ‘restaurado, regenerado ‘desde dentro’ hay que recuperar, redimir otra vez al ser humano ‘desde el seno de su madre, el matrimonio, la familia. NUNCA COMO AHORA ES NECESARIA LA FIGURA DE SAN JOSÉ. Ha llegado el momento de darle a conocer en plenitud, de que su persona ‘salga a luz’. Que el Señor que es Todopoderoso lo haga para Su gloria. Amén.

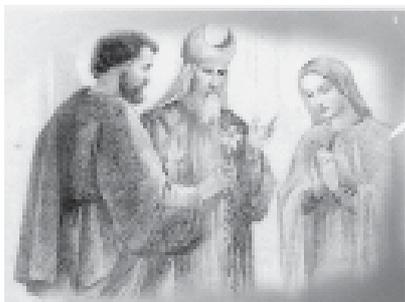
Parece que es el Señor quien quiere que tenga esta gran devoción y que me aplique cada día más a ella, pues este mes me ha tocado de Patrono San José por doble vía: en los ‘Oficios del Sgdo. Corazón de Jesús’ –que repartimos todos los meses–, y también me ha tocado de Patrón en los Santos de mes que repartimos. En esto he visto claro que es voluntad de Dios que ‘continúe’ mis ‘estudios josefinos’ y que es Él mismo quien me quiere dar luz y amor a él. El fruto de esta devoción es triple:

A ‘nivel personal’: procuro convertirme cada vez más a Dios, contar con mi Padre y Señor San José en todas las cosas y pedirle constantemente su ayuda; amarle; imitarle; estudiarle; hacerle amar; hablar de él; procurar que le conozcan y le amen las personas con quienes trato. Ntra. Madre me ha regalado una medalla muy gastada que era de las MM. antiguas, que llevo colgada al cuello ‘id a José’ con su imagen, y en el reverso el escudo Pontificio con la inscripción: ‘oh glorioso S. José Esposo de María protegédnos y protegéd a la Iglesia y su cabeza visible’.

A ‘nivel de comunidad’: De entrada hay que decir que esta comunidad es de siempre devotísima del Santo Patriarca, tanto que era costumbre antigua que 7 monjas llevasen su nombre: ‘Luisa de S. José, Vicenta de S. José, María Josefa, Margarita José, M^a Rosa del N. Jesús y S. José...’ etc. En este momento sólo hay dos que lo lleven, pero si Dios quiere volveremos a esta costumbre, porque actualmente está cundiendo una gran devoción a él. Se hacen los 7 domingos en su honor, públicamente en la iglesia. Al dar las horas el reloj, cuando estamos en comunidad, rezamos el Ave María y rezamos también a él. El mes de octubre después del santo rosario rezamos la oración: ‘A vos, bienaventurado S. José acudimos...’ Estamos haciendo otra vez los escapularios con la imagen de Ntra. M. Sma. del Carmen por un lado y de Ntro. P. San José por el otro, los hacemos en color con el ordenador. El otro día viendo todo este ‘incendio’ una Hna. exclamó de repente: pero ‘¡qué revolución!’’. Estamos leyendo sobre él en el refectorio mientras comemos y cenamos. En el punto para empezar las horas de oración hemos corregido el orden con que nombrábamos los Santos: a él le hemos antepuesto al Ángel de la Guarda, nombrándole inmediatamente después de la Virgen. Para su Fiesta del 1º de Mayo le hicimos el galón de una casulla que estrenaba, pintado y en ordenador (con el procedimiento de ‘transferir sobre tela’), también así hemos hecho las estampas de escapulario de que hablo antes. En el galón la cara de delante su imagen con el Niño y las palabras: id a José, todo con guirnalda de flores que caían hacia las diferentes Iglesias. El galón de detrás él en el taller enseñando a Jesús, con las palabras: ‘le nombró administrador de su casa’. Hemos encargado una estatua de 1,60 m. de ‘mármol de Carrara’ blanco, para que nos presida la huerta, tal como tienen otros Carmelos y como quiere Ntra. Santa Madre. Nosotras no la teníamos. La esperamos con mucha ilusión.

A *'nivel de fuera'*: sobre todo procuro hacer oración y penitencia –que es lo nuestro- para que el Espíritu Santo dé su luz a las mentes de quien con venga, enamore e inflame los corazones, y mueva las voluntades. Y cuando tengo ocasión en el locutorio, bien que hablo de él a todo el que viene, sean seglares o sacerdotes.

Por mi parte sé que soy altamente atrevida por



‘meterme en este asunto’ y hablar de lo que ni sé ni entiendo, pero el Señor es más grande que mi ignorancia y ‘de la boca de los niños de pecho puede sacar sus alabanzas’. Así que con su gracia me atrevo a escribiros una nueva carta.

S. Maximiliano M^a Kolbe decía que la Inmaculada hay que aprenderla ‘de rodillas’, creo que lo mismo podemos decir de Ntro. Padre y Señor San José. Es una figura demasiado excelsa y cerca de Dios, que para estudiarla y que el Señor nos conceda las luces sobre él, ha de ser ‘de rodillas’. Por eso con continuas oraciones y sacrificios sigo pidiendo la luz de Dios para que nos revele cada día con mayor plenitud quién es este Padre Santísimo José, Padre de Dios, Esposo de la Virgen María y Padre de la Iglesia. Pido la abundancia de su luz para que, con diáfana claridad todos, pero particularmente el Magisterio de la Iglesia que es quien nos lo tiene que enseñar, y aquellos que tienen que ayudar a discernir le conozcan, le vean, y le tengan tal como le ve y tiene el mismo Dios ante sus propios ojos y quiere que le vea y tenga toda la Iglesia. Pido que sea esta visión tan clara, tan nítida y tan segura, que llegue a colocarlo en el lugar donde le corresponde según sus designios eternos, según su santísima Voluntad. San José, mi Padre y Señor, verdadero Padre de Dios y verdadero Padre de la Iglesia, ten compasión de mi ignorancia, de mis pecados y ruega por nosotros.

Dios Padre, ¿quién es esta criatura que se llama San José y que tanto nos excede? Espíritu Santo, danos tu luz, dinos quién es San José. Señor Jesús, revélanos quién es San José bajo cuyo techo quisiste vivir y ser Hijo suyo. Virgen Inmaculada ¿quién es tu esposo San José a quien el Señor te unió en matrimonio? Padre mío, San José dinos, ¿quién eres tú?

Parece que Él se complace en mi vileza y extrema ignorancia que, por serlo tanto y para que todo se vea ser don suyo se digna por momentos darme algún destello de su infinita luz para que comprenda algo de lo que con tanta insistencia le pido. Me acuerdo que Ntra. Santa Madre dice que una gracia que concede Dios es dar al alma alguna luz: otra es que entienda la dicha luz; y otra gracia diferente es saberla expresar. Muchas de las cosas que os he dicho o diré ahora me parece que me las ha dado a comprender el Señor por sola su misericordia, a fuerza de mucha oración y sacrificio y meditación; pero otras cuando el Señor ha querido, durante la oración o en cualquier otro momento cuando Él quiere –solamente porque es infinitamente bueno, poderoso y tiene misericordia de los más miserables–, de repente, me ha abierto el entendimiento, y súbitamente de un solo golpe, en un instante, –sin mediar de mi parte ninguna reflexión, esfuerzo ni trabajo–, ha entra-



do dentro de mí con una nitidez muy grande y una luz diáfana, alguna verdad que queda en mi interior, de manera tan clara que no puedo dudar de que es así, juntamente con una facilidad muy grande para expresarla. Si hay algo acertado quede claro que no es ningún mérito mío, sino pura misericordia de Dios. Diré lo que me parece haber comprendido. De todas maneras, a lo mejor estoy equivocada y no son más que errores todo lo que expongo a vuestra consideración. Todo lo someto a vuestro criterio y al de los doctos y me rindo a lo que diga la Santa Madre Iglesia, bajo cuyo seno deseo vivir y morir con la gracia de Dios.

Ante todo me concede por momentos el Señor que de cada vez entienda más que LA FIGURA DE SAN JOSÉ ES DEL TODO PREDESTINADA. Para empezar VOY A SEÑALAR LA QUE ME PARECE DE MAYOR TRASCENDENCIA PARA LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN: Me dices en tu carta que el Sr. Canals da mucha importancia a un texto de Pablo VI, que recoge Juan Pablo II en la Redemptoris Custos cuando habla de la primera pareja. Me parece que el Señor me ha dado que entienda que en verdad es así como dice el Sr. Canals. Me lo ha dado a comprender con mucha claridad por

sola su infinita misericordia, estoy boquiabierta, porque me parece que se trata de una TRASCENDENCIA DEL TODO RADICAL Y CAPITAL, tan grande, que ya no puede ser mayor. Veo en ella el infinito amor de Dios hacia el género humano y que es admirabilísima su Divina Providencia y Obra de Redención, y sólo desde esta dimensión puede entenderse por completo TODO EL PLAN DE DIOS, LA CAÍDA y LA REGENERACIÓN. Este pensamiento sumerge mi alma en una paz muy grande, y la mantiene en una profunda admiración y agradecimiento infinito a Dios.

El texto del Génesis cuando narra el paraíso, la



tentación y la caída, tiene un paralelismo y una analogía que no puede ser mayor con la Anunciación a María y a José y la Encarnación del Verbo. Es del todo necesario pues hacer resaltar esta analogía y paralelismo entre la pareja Adán-Eva, José-María.

Verdaderamente para restituir el 'primer matrimonio' el 'pecado original' de cada uno de sus cónyuges *'Era necesario que la Obra de la Salvación se iniciase con otro matrimonio VIRGINAL Y SANTO: José y María'* (Cfr. RC), NO SÓLO CON LA MUJER QUE PECÓ, SINO CON ELLA –UNIDA AL VARÓN– QUE TAMBIÉN PECÓ. Leyendo en el Génesis la caída de nuestros primeros padres, el ángel caído –el demonio– habla con la mujer y la incita a pecar. Eva peca de desobediencia, soberbia... El 'fruto' entra en ella y a su vez convence a su marido Adán que, sin hablar –'hace'– come, el fruto prohibido. En la Obra de la Salvación, el Ángel enviado por Dios habla con María que cree, obedece, se humilla, y el Verbo se encarna en ella. No dice nada a su marido. Espera que sea el mismo Dios quien lo haga. Este le habla por el ángel. José –sin palabras– hace. Obedece, y el Verbo entra en su casa.

El 'fruto' del 'árbol de en medio del paraíso' que no podían ni tocar siquiera ni comerlo porque les ocasionaría la muerte... –*se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal... la mujer quiso alcanzar por él sabiduría*– es clara ima-



gen y figura de Cristo, Sabiduría encarnada, que de sólo tocar la orla de su manto quedaban curados, y quien le come no sabrá lo que es morir para siempre.

Hay un gran paralelismo entre estos dos hechos: Dos parejas: Adán y Eva; José y María.

La serpiente; el Ángel de Dios.

El diálogo de la serpiente con Eva; el diálogo del Ángel con María.

Asiente Eva; asiente María.

Entra el fruto prohibido en Eva; entra el Fruto Bendito en María.

Eva ofrece el fruto prohibido a su esposo Adán. (Aquí María con virtud heroica espera que Dios lo revele a su esposo José). Y es el mismo Ángel quien revela el Misterio a José.

Asiente Adán; asiente José.

Entra la maldición por Adán; entra la Bendición por José.

(Después de haber entrado el pecado al mundo y la muerte a su posteridad) Adán da nombre a su mujer que significa ¡qué ironía! 'madre de los vivientes', más bien tendría que haberla llamado 'madre de los muertos'. Después de haber entrado el Hijo de Dios en este mundo, por encargo del ángel, José le da el Nombre: Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.

No se puede presentar el Verbo de Dios entrando en el mundo solamente por la Virgen y a través de ella, porque Adán pecó también, y no sólo Eva. Si hubiese pecado solamente Eva, como a la reina Vasti se la habría destituido y suplido, o como la mujer de Lot convertida en estatua de sal para escarmiento de la posteridad. Pero Adán también pecó; y cuando él hubo también caído –y no antes– fue cuando Dios les reprochó a ambos. Y a Adán le dijo: *'por ti será maldita la tierra'*. Luego, por la obediencia de José es bendita. Por Adán entró el trabajo, la maldición, las espinas, el sudor y, en fin la muerte. ERA NECESARIO EL FIAT, LA OBEDIENCIA PLENA DE JOSÉ PARA QUE ENTRASE LA BENDICIÓN, LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA 'EN PERSONA': EL VERBO ENCARNADO.

NO SE PUEDE ENTENDER COMPLETA Y SATISFACTORIAMENTE EL SENTIDO DE LA REDENCIÓN SIN QUE OTRO MATRIMONIO: SANTO Y VIRGINAL –como dice el Papa– TRAJESE EL FRUTO DE BENDICIÓN Y SALVACIÓN PARA EL GÉNERO HUMANO. Ya que ‘un matrimonio’ –los dos– fue el que pecó y no sólo la mujer. Con estas palabras de Pablo VI: ‘un matrimonio santo y virginal’ se refiere a ambos- cabe preguntarse de esta doble afirmación: ¡santo! ¿hasta el ser ‘ambos’ inmaculados? ¡virginal! ¿hasta ser ‘ambos’ vírgenes perpetuos?

Otro punto que me parece CLAVE para entender el Misterio y la predestinación de San José es la Familia. LA FAMILIA EN SÍ MISMA, REFLEJO DE LA ‘FAMILIA’ TRINITARIA.

Es verdad que el Verbo se encarnó en María Virgen y nació realmente de Ella y la quiso tener a Ella por verdadera Madre. Pero también es idéntica verdad que quiso tener a S. José como a verdadero padre suyo. PUES SI SU VOLUNTAD HUBIESE SIDO SOLAMENTE TENER MADRE VIRGEN, MARÍA NO HABRÍA SIDO DESPOSADA CON JOSÉ NI CON OTRO VARÓN NINGUNO.



El Plan de Dios, de Redención, era mucho más grande y sabio y misericordioso e íntegro. Tenía que ‘regenerarlo’, ‘recrearlo’ todo ‘desde el principio’, ‘desde su origen’, ‘desde el mismo paraíso’, ‘desde la misma caída del hombre’, ‘desde la institución de la primera pareja’ de la que tenía que tomar linaje toda la posteridad. El Verbo quiso hacer su entrada en este mundo a través ‘de dos criaturas unidas en matrimonio’, de dos criaturas perfectamente unificadas: José y María. Y no a través de una sola, sino DE UN NUEVO MATRIMONIO: JOSÉ-MARÍA. Quiso ser hijo de José e hijo de María. Matrimonio y padres virginales y santos.

El Ángel dijo a José de parte de Dios que recibiese a su esposa, que estaba encinta, ‘en su casa’. La casa de José no era un asilo de madres solteras del que él era el propietario, el jefe o el director. Ni tampoco su casa era una casa de expósitos donde recluía niños sin padre, no era un colegio o una tutoría, no era un hotel donde se diera de comer, o una residencia... SI EL ÁNGEL DIJO A JOSÉ QUE SE

LLEVASE A SU ESPOSA CON EL VERBO EN- GENDRADO A SU CASA, ES SOLAMENTE POR- QUE QUERÍA FORMAR CON ELLOS NO UN ‘APARIENCIA’ DE FAMILIA, SINO CONSTITUIR CON ELLOS UNA ‘VERDADERA’ Y AUTÉNTI- CA Y PROPIA FAMILIA, DEL TODO VIRGINAL, SANTA E INMACULADA ANTE ÉL POR EL AMOR.



Quería restaurar, redimir, dignificar, elevar, res- tituir, santificar el matrimonio, la vida de familia, la familia, el hombre creado desde el principio a ‘nues- tra’ imagen (dice Yahvé Dios Uno y Trino), a *nues- tra imagen y semejanza*. QUERÍA HACER DE LA FAMILIA VERDADERA IMAGEN Y SEMEJAN- ZA TRINITARIA: Padre-Madre, Hijo, Amor trinitario. Quería vivir largos años la vida familiar, tener padre y madre; ser él mismo hijo de familia; modelo de hijo para con sus padres, vivir con ellos, bajo su autoridad, aprender el oficio de su padre, santificar y dignificar el trabajo, la vida cotidiana común de todo ser humano. Un verdadero reflejo, una verdadera ‘imagen y semejanza’ de la Familia Trinitaria donde todo es amor, caridad, complacen- cia mutua. La familia humana cobra todo su sentido y valor cuando el Hijo de Dios viene a ser Hijo de Familia. Desde este momento la familia humana, como la de la Trinidad, iglesia doméstica, célula, núcleo del amor, transmisor de la vida de Dios, ho- gar, seno, calor, unidad, humanidad, todo reflejo y prolongación de Dios Amor Trinidad.

Esto es lo que hizo Jesús, el Verbo Encarnado, el Hijo de Dios e Hijo de José y María. Sólo así se pueden explicar y dar pleno sentido a los 30 años que vivió Jesús como Hijo de Familia humana, en- cerrado, escondido. De otro modo uno se pregunta pero ¿qué hacía todo este tiempo Jesús, qué sentido tienen todos estos años? Parece que todo este tiempo transcurriese en ‘esperar’ que llegase el momen- to de la vida pública, porque es aquél el que tiene sentido. No. Todo este tiempo no era ‘de espera’ ‘de hacer tiempo’ ni un derroche, ni un ‘aparentar’ que era hijo de José. Todos aquellos años eran REDEN- CIÓN DEL HOMBRE A PARTIR DEL PRIMER MOMENTO DE SU EXISTENCIA, REDENCIÓN



DE LA FAMILIA, ejemplo, amor, santificación, salvación, restauración... y ¡no lo acabamos de entender!. Nos dirá Cristo y ¡cuánta razón tiene! *‘pero qué necios y tardos sois para comprender las escrituras’*. Pero también es verdad que si el Espíritu Santo no nos da su luz, estamos bien arreglados viviendo en densas tinieblas.

Pero desde esta dimensión ¡cómo cobra sentido toda la Obra de salvación y redención desde su principio, ¡qué plenitud de sentido tiene todo! Y para ello **ES NECESARIO QUE SE ‘DESCUBRA Y DEFINA’** en la Iglesia **LA FIGURA DE SAN JOSÉ**. Tal como tú dices: *‘ESTÁ CLARO QUE SE QUEDA MUY CORTO TODO CALIFICATIVO QUE NO SEA LLAMARLE ‘PADRE’ DE JESÚS CON LA MISMA PROPIEDAD, DIGNIDAD Y TRASCENDENCIA QUE DECIMOS QUE MARÍA FUE MADRE’* Porque mientras no se le tenga por ‘verdadero Padre de Dios’ tanto como a la Virgen, Madre; mientras se tenga ‘en menos’ que ella; mientras se le tenga solamente como el ‘esposo de la Madre de Dios’; como el custodio de Jesús; como el custodio de la Virgen ... mientras no se ‘aclare’ esta figura magna, este sol que brilla en la Iglesia, no pueden llegarse a estas conclusiones que tanta luz, amor, agradecimiento, confianza y paz dan al alma sobre el Misterio de nuestra Salvación. Yo no puedo menos de agradecer infinitamente a Jesús por cuanto ha hecho por nosotros. Cuando la Iglesia nos lo enseñe, y ¡ojalá sea pronto! lo podremos comprender fácilmente todo según la mente y voluntad de Dios y según Su Plan ¡magno! de Salvación y Redención del género humano. Cuando se ‘clarifique’ la figura de San José quedará mucho más claro todo el sentido de la historia de la ‘regeneración’ de la Encarnación del Verbo, quedarán clarificados estos 30 años de vida oculta, a la vez que el Santo quedará ‘magnificado’ enormemente, tal como le corresponde.

Oh San José, qué pasmo, qué vértigo cuando te miro: maestro del Maestro; guía del Camino; salvación del Salvador; cabeza del Cabeza; sostén de la Roca; enseñaste la Sabiduría; vestiste al Creador; nutriste al Alimento;...! Padre y Señor San José, por caridad, por amor a la Iglesia, dinos ¿quién eres

tú? Por el amor que le tienes a Dios y por el que Él te tiene a ti, danos que te conozcamos completamente. No dejes que nos ‘perdamos’ tu conocimiento; porque en conocerte tal cuál eres a los ojos de Dios nos va mucho a tus hijos, Padre nuestro, ábranos el entendimiento y el corazón. Cuando comulgo le pido a él que me prepare y ayude para recibir a Su Hijo; el Cuerpo y Sangre de Aquél que se alimentó gracias a sus esfuerzos, a su trabajo, a sus sacrificios...

Si José en el momento de la Encarnación no le engendró ‘carnalmente’ sí que le engendró ‘con dolores de parto’ –como dice San Pablo– al llevarle a Egipto, porque con la orden de Herodes, su muerte era del todo ‘segura e inminente’. Jesús era ‘de hecho’ como lo fueron todos los demás de Belén y sus alrededores, era ya ‘niño muerto’. José le devolvió a la vida. Se trataba de la misma causa que mandó Pilatos colgar en la cruz: ‘Jesús Nazareno el *Rey de los judíos*’. ¿A quién buscáis? A Jesús el Nazareno, YO SOY. Cuando Pedro sacó su espada le dijo Jesús: ¿es que no crees que puedo invocar a mi Padre que al punto me mandaría 12 legiones de ángeles? Cuando Herodes le buscaba por la misma causa: *‘¿dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer?, porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarle,’* José, su padre, hizo lo que habrían hecho las 12 legiones de ángeles y le libró de la muerte segura. Bien ganado tiene San José que le cantemos lo que a la Virgen: *‘Salve, Padre Santo. Virgen, ‘Padre del Rey’ que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos’*.

Es verdad que ni José ni María, ninguno de los dos concibió a Jesús por la carne y según la carne. Por su ‘sí’ incondicional *‘el Espíritu Santo les dio a ambos un Hijo’* nos dice S. Agustín. María le da la carne, José el linaje. **AMBOS PADRES DE JESÚS, VERDADEROS PADRES DE DIOS.**

1. El evangelio cuando nos habla de la Encarnación del Verbo, no nos habla de María sola, de la Virgen solamente, sino que comienza hablando de *‘una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David’*. María es la *‘virgen desposada con’*. María es *‘la esposa de José’*. *‘No temas en recibir en tu casa a María, tu mujer’*. María es la mujer, la esposa de José. (No se suele decir que María sea ‘esposa de José’, sino más bien al revés: que José es ‘el esposo de María’ ‘el consorte’).

2. LA PERSONA DE JOSÉ FUE ‘DETERMINANTE’ PARA LA ENCARNACIÓN.

3. Dios se dirige ‘antes’ a la Madre, no porque no cuente con José o para posponerle, sino para ‘demostrar’ el carácter milagroso y virginal de lo engendrado.

4. Dios ha pedido a la Virgen que fuese la Madre

del Verbo, ella asiente. Dios pide a José que sea Padre del Verbo, él asiente.

5. Se suele decir que la grandeza de José es ser 'el esposo de la Madre de Dios'. Pero JOSÉ NO SE CASÓ CON LA MADRE DE DIOS sino con una virgen llamada María. LA ENCARNACIÓN SE OBRÓ 'DESPUÉS' DE ESTE DESPOSORIO.

6. ESTE MATRIMONIO LO DETERMINÓ DIOS Y LO PREDESTINÓ EN ORDEN:

'A LA ENCARNACIÓN', Y NO PARA 'TAPAR EL MISTERIO'.

PARA REGENERAR EL MATRIMONIO,

DAR VERDADERA 'PATERNIDAD Y MATERNIDAD' A JOSÉ Y MARÍA.



FUNDAR, SANTIFICAR, DIGNIFICAR 'LA FAMILIA A IMAGEN Y SEMEJANZA DE LA TRINIDAD'

7. EL MATRIMONIO ADÁN-EVA ES REGENERADO POR EL DE JOSÉ-MARÍA. AQUELLA FAMILIA POR LA VIRGINAL Y SANTA FAMILIA. EL 'FRUTO' VENENOSO, POR EL FRUTO SALVADOR.

8. El misterio de la Encarnación anunciado a José, no es de la misma altura que el revelado a Isabel, a Zacarías o a tantos otros Santos a lo largo de la historia. LA ANUNCIACIÓN A JOSÉ ES DE TANTA IMPORTANCIA Y DE TANTA TRASCENDENCIA Y NOS VA TANTO EN ELLA, QUE DE LA RESPUESTA DE JOSÉ DEPENDE EL 'CURSO' DE AQUELLA ENCARNACIÓN DEL VERBO. San Bernardo deja todo el mundo en suspenso ante el diálogo y respuesta de la Virgen en su Anunciación. Lo mismo podemos decir ante aquella respuesta. TODO QUEDA EN SUSPENSE HASTA EL FIAT DE JOSÉ.

9. La anunciación del Ángel a María la recordamos tres veces al día mientras que ninguna la anunciación del Ángel a José. Mucha gente ni está enterada de tal cosa. Ni tan siquiera yo sabía que José había tenido su 'ángelus'. Hace muy poco me he enterado ¡y llevo 32 años en un monasterio de carmelita descalza muy devoto del Santo! ¿Qué será las personas del mundo en general? Y TAN NECESARIO FUE EL ÁNGELUS A MARÍA COMO EL ÁNGELUS A JOSÉ CON EL FIAT DE CADA UNO ¿POR QUÉ PUES NO LO RECORDAMOS TODOS

LOS DÍAS? El de la Virgen lo rezamos 3 veces cada día, el de José ninguna, Dada la trascendencia tan grande de esta respuesta de José ¿no sería bueno que otras tantas veces al día recordásemos el sí de José al Plan de Salvación? o por lo menos lo recordásemos JUNTAMENTE con el sí de María? A veces cuando rezamos el Ave María, por ejemplo en el rosario, cuando me toca guardar silencio en la respuesta, digo para mí: 'San José, Padre de Dios, ruega por nosotros...'

10. Gran cosa es ser la madre 'biológica' de Cristo; pero cuando aquella mujer ponderó 'solamente' esto: '*el seno que te llevó y los pechos que te criaron*' la respuesta fue muy clara: '*mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen*'. Y DE ENTRE ESTOS BIENAVENTURADOS, JUNTAMENTE CON LA MADRE, SAN JOSÉ OCUPA EL PRIMER PUESTO. ¿QUÉ BIENAVENTURANZA TIENE ESTE SANTO?

11. S. Lucas bien sabía la concepción milagrosa de Jesús y llama la atención la reiteración con que llama 'padre' a S. José, o 'padres' en plural. ¿ES QUE SE EQUIVOCA TANTAS VECES SEGUIDAS? Dice: '*al entrar los padres con el Niño Jesús*' (2,27). '*su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él*' (2,33). '*sus padres iban cada año a Jerusalén*' (2,42) '*al subir sus padres cuando era ya de 12 años*' (2,43) '*sin que sus padres lo echasen de ver*' (2,44) cuando sus padres le vieron (2,48) '*le dijo su madre: Hijo ¿por qué has obrado así con nosotros, mira que tu padre y yo apenados, andábamos buscándote*' (2,48).

12. ¿Por qué tiene que llamarse a José 'esposo de la Madre de Dios' y a la Virgen no se le llama 'esposa del Padre de Dios'?

13. La grandeza de María le viene de ser Madre de Dios. Y NO HABRÍA SIDO MADRE DE DIOS SIN EL MATRIMONIO CON JOSÉ, pues así lo había dispuesto la Divina Voluntad. Nos dice San Lucas: '*fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret a una virgen desposada con*'. ERA NECESARIO QUE ESTA VIRGEN ESTUVIESE 'DESPOSADA CON JOSÉ, DE LA CASA DE DAVID' PARA OBRARSE LA ENCARNACIÓN Y ERA TAN NECESARIO EN LOS PLANES DE DIOS -SEGÚN LO HABÍA DISPUESTO ÉL QUE- HASTA TANTO QUE ESTA VIRGEN NO ESTUVO DESPOSADA CON JOSÉ NO ENVIÓ DIOS AL ÁNGEL PARA ANUNCIARLE LA ENCARNACIÓN. Y solamente después que estuvo desposada con José -y no antes- se obró la Encarnación. Me quedo sobrecogida cada vez que pienso esto.

14. Dios no hace las cosas al azar. No hace las cosas para 'aparentar'. No hace las cosas para 'cu-

brir apariencias' para 'tapar'. Bien lo sabían sus contrarios: '*Maestro, sabemos que eres sincero y que no se te da nada...*'. La persona de San José ERA DEL TODO NECESARIA para obrarse la Encarnación. Era el Plan de Dios que el Verbo fuese en todo 'hijo del hombre' y no un 'fantasma' o 'apariciencia' sino completamente de nuestra raza, de nuestra carne, de nuestro linaje.

15. La persona de San José la ha predestinado Dios para que fuese 'el Padre de Jesús', su Hijo Encarnado; el 'cabeza de aquella familia sagrada'; 'el esposo de la Virgen Inmaculada'. Aquí dan vueltas la cabeza, como diría Kolbe.

16. *El marido es cabeza de la mujer, y esta es ayuda proporcionada al varón.* ¡Qué cualidades morales, qué equilibrio interior y exterior, qué santidad excepcional, qué virtudes teologales y cardinales, qué de todo dotó el Señor al que predestinó para ser Padre de su Hijo, Esposo de su Madre, Cabeza de la Familia?

17. Era el Plan de Dios que su Hijo Jesucristo fuese en todo, modelo para los hombres, desde antes de nacer. Que tuviese no 'apariciencia' sino que en verdad tuviese padre y madre; siendo él verdaderamente hijo de ellos; viviendo en su compañía; aprendiendo; creciendo en su casa; obedeciéndoles; acompañándoles... es decir, quiso dar ejemplo de '*Hijo de Familia*' quiso que esta Sagrada Familia fuese ejemplo para todas las demás, y para la gran familia que es la Iglesia; quiso hacer de la Sagrada Familia fiel reflejo de la Familia Trinitaria, en la que uno de sus miembros es la misma Persona Divina hecha carne por nosotros.

18. En esta Sagrada Familia el Hijo es el mismo en la Familia Trinitaria que en la de la tierra. Dios Padre hace partícipe de su paternidad a José. Y el Espíritu Santo viene sobre María.

19. La '**PATERNIDAD**' DE SAN JOSÉ ES LA MAYOR QUE PUEDA DARSE: es a la vez: PLENA, VERDADERA, GLORIOSA, TRASCENDENTE. '*En esta familia José es el padre: no es la suya una paternidad derivada de la generación; y, sin embargo, no es aparente o solamente sustitutiva, sino que posee plenamente la autenticidad de la paternidad humana y de la misión paterna en la familia*' (RC 21).

20. San José no es 'el custodio, el guardián, el protector... de la Virgen. Sino más bien PORQUE ERA ESPOSO la guardó, la custodió, la protegió ... etc.

21. San José no era el 'padre custodio, legal, nu-



tricio...' de Jesús. Sino más bien PORQUE ERA PADRE lo custodió, lo alimentó, lo inscribió en el censo... etc.

22. El prólogo de S. Juan ilumina mucho este misterio: José y María '¡acogieron' la luz le 'conocieron' vino a ellos y 'le recibieron', les dio poder de venir a ser hijos 'padres de Dios' a aquellos que 'creyeron' en su nombre —que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos— tal cual: *y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*

Rezando Maitines me han llamado la atención estas palabras que no me había fijado nunca antes y que se aplican a S. José ¿por qué no aplicarle también la segunda parte? Dice el Salmo 104 '*y le hizo señor de su casa y soberano de todas sus posesiones*' hasta aquí se le aplica, y sigue el salmo a continuación diciendo: '*para instruir a su agrado a los príncipes y enseñar sabiduría a los ancianos*'. Que Ntro. Padre y Señor San José nos enseñe a todos, particularmente al Magisterio —que es el encargado de instruirnos a nosotros— todas estas verdades. Amén, pues él es el 'Padre de la Sabiduría encarnada' y su Maestro.

Perdonadme el haberme extendido tanto. Si he dicho disparates ya me avisaréis. Y lo que esté correcto es el Señor quien lo ha inspirado. Rogad por mí para que sea digna hija de este gran Santo a quien tengo como a mi Padre y Señor 'a mucha honra' y quiera el Señor cada día darme a conocerle más, a amarle más, a parecerme en algo a él, a extender su amor y devoción. ¡Ojalá 'a toda la tierra llegase su pregón y hasta los confines del orbe este lenguaje del Santo'!

Un gran saludo a todos. Ntra. Madre Priora os agradece todo cuanto nos habéis ayudado en estos dos últimos trienios y os pide particularmente oraciones para que el Espíritu Santo dé acierto en las próximas elecciones D.m. el 30 de Julio próximo. Toda la comunidad os quiere y encomienda.



San José, verdadero esposo de la Virgen María

RAMON GELPÍ

PARA entender esta afirmación como corresponde, debemos primero admitir, que san José fue verdadero padre de Jesús en la tierra. La virginidad de san José, en ningún caso disminuye su paternidad sobre Jesús; muy al contrario. La virginidad de san José es fecunda en grado sumo, porque al permitir al Espíritu Santo obrar la virginal concepción de María, actúa como verdadero «padre de Dios». Por esto san José no es menos padre de Jesús (que es Dios) que lo que pueda serlo cualquier otro padre biológico, que siguiendo igualmente el plan divino, engendra hombres.

Pero precisamente por esto, la unión entre san José y la Virgen fue verdadero matrimonio. No podía ser de otro modo, y no sólo por apariencia: la verdadera paternidad de José, exige que, además, sea también verdadero esposo de María. Santo Tomás lo explica muy extensamente en la Suma teológica (III. q.29, a.1-2). Ambos formaron un matrimonio virginal, pero ciertamente verdadero matrimonio.

¿Cómo se formalizó el desposorio entre san José y la Virgen María? San Lucas menciona a María como «una Virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David», y no dice más. Sólo sabemos que en el momento de la Anunciación, la Virgen está en Nazaret y ciertamente san José no está con ella, ni tampoco tiene conocimiento de la acción del Espíritu Santo. ¿Cuál es la explicación de este hecho?

El matrimonio entre judíos solía realizarse con dos ceremonias separadas en el tiempo: los desposorios, y las nupcias. Los primeros eran algo así como la petición de mano, y los desposados seguían viviendo con sus padres. La boda se celebraba algún tiempo después (podían ser semanas, o incluso algunos meses más tarde). A pesar de ello, desde los desposorios, a los contrayentes se les consideraba ya casados, aunque se tratara de un matrimonio no consumado. Y esto era de tal modo, que en caso de fallecimiento de uno de los contrayentes, al otro contrayente se le consideraba viudo, y podía heredar.

Es muy probable, por tanto, que la Anunciación se produjera después del desposorio, y antes de las nupcias. Queda una segunda duda: ¿Dónde se formalizó el desposorio? Ciertamente pudo ser en Nazaret, probablemente la población natal de ambos. En este caso, como era costumbre en la época, serían los familiares de los contrayentes los que de-

bieron concertar dichos esponsales. Pero hay una tradición muy arraigada en la Iglesia, al margen de su inclusión en los apócrifos, que contempla a María entre las vírgenes consagradas al servicio del Templo de Jerusalén. Según esto, sus padres, Joaquín y Ana, que vivían en Galilea, habrían sido favorecidos por Dios con su nacimiento cuando ya creían ser estériles. En agradecimiento, la presentaron a la edad de cinco años para que sirviera al Señor en el Templo.

Siendo así, cuando María llegara a la edad núbil, debió decidir el sacerdote responsable de las vírgenes consagradas, que María fuera desposada, según costumbre, con un judío virtuoso ¿Por qué sería escogido san José? La Providencia pudo valerse de cualquier medio, incluso extraordinario, pero probablemente debió ser, como hemos dicho, un hecho discreto y alejado de notoriedad. La elección debió recaer en José, que tal vez se hallara a la sazón en Jerusalén. José era judío, de unos treinta años y su casa en Nazaret no estaba lejos de la familia de María, que también eran judíos habitantes en Galilea.

Hay algunas tradiciones sobre esta elección (el florecimiento de la vara, etc.), que recogen los apócrifos, pero que preferimos descartar porque desvirtúan el verdadero sentido de la unión virginal entre José y María, que debía ser en extremo discreta. Sólo Dios sabe, además, de qué medios se valió para que el Sumo Sacerdote, o sus ministros, pudieran conocer a José y saber de sus virtudes.

Se celebrarían los desposorios en Jerusalén, en la casa de Dios, ante la familia de José y tal vez la madre de María, y ambos esposos debieron volver a Galilea donde, según la costumbre, irían a vivir cada cual a la casa de sus padres, hasta el momento en que se celebraran las nupcias. Ambos esposos habrían acordado permanecer vírgenes incluso después de que se consumara legalmente el matrimonio.

No dicen los Evangelios cuándo se celebraron las nupcias entre José y María. Por esta razón, y por lo que ocurrirá al observar José el embarazo de María, probablemente al volver de la Visitación, los comentaristas han debatido mucho sobre el momento de dichas nupcias. Muchos creen, y no es inverosímil, que fuera entonces, tras la aceptación de José, cuando se celebró la boda.

A nosotros nos cuesta un poco admitir la posibilidad de que María quede en entredicho. Según el escriturista Ricciotti no era infrecuente que los des-

posados, antes de las nupcias, tuviesen contacto conyugal (de hecho ya eran esposos), pero en todo caso era considerado una irregularidad. Es posible por tanto, que esta irregularidad pudiera ser atribuida a José y María, pero nosotros, aceptando no obstante que Dios pudo permitirlo así, hemos buscado una alternativa.

Esta es la razón por la que pensamos que la boda podría haberse celebrado antes del viaje a Ain Karem. Los esposos pudieron decidirlo, poco antes de la separación prevista de tres meses, máxime si se tiene en cuenta el voto de virginidad que se le supone a ambos. El único problema que parece plantearse se centra en la necesaria convivencia previa de los esposos, tras la boda, antes de la partida de María hacia la Visitación. Naturalmente esta convivencia, aunque fuera breve, debería existir para asegurar una posibilidad aparente de consumación matrimonial. Sólo ellos conocerían la verdad. Pero queda claro que cuando, tres meses más tarde, José «recibe» en su casa a María, esta recepción se refiere a que acepta la concepción divina de su esposa, porque entrar propiamente en la casa ya lo habría hecho en la boda, y durante los pocos días que durara la preparación del viaje.

Al volver de Ain Karem, a nadie podía extrañar la gravidez de María, casada antes del viaje. Solamente José se sorprende, y es necesario que por medios extraordinarios conozca la acción del Espíritu Santo.

No obstante, la boda entre José y María debió de ser discreta, y con una celebración modesta como correspondía a su estatus social. Las bodas entre judíos, incluso en las zonas rurales, se celebraban con un convite que, en familias ricas, duraba varios días. De todas formas, aunque en familias más modestas podrían ceñirse a una sola jornada, lo cierto es que el banquete era lo más espléndido que los familiares de los esposos podían permitirse. Recordemos las bodas de Caná (Jn 2,1-11), en las que la Virgen María estuvo invitada, con Jesús: cuando faltó el vino, nuestro Señor convirtió más de doscientos litros de agua en vino, y hay que contar con que no sabemos cuantos litros se habían gastado hasta entonces; ¡es mucho vino!

Sin duda la boda de José con María fue más íntima, y probablemente no hizo falta tanto vino, pero no hay ninguna razón para pensar que fuera una celebración distinta de las habituales. Recordaremos la parábola de las diez vírgenes, del Evangelio (Mt 25,1-13). Estas vírgenes, «... que cogiendo sus lámparas salieron al encuentro del esposo ...», formarían parte de un cortejo nupcial.

Cuando entre los judíos se celebraba una boda, al llegar la noche iba el consorte, con sus compañeros, a buscar a la esposa a casa de sus padres; y ella



Los desposorios de la Virgen, *de Rafael*

les seguía con sus compañeras, las diez vírgenes de la parábola. Así ordenado el cortejo, se ponía en marcha muy alegre al resplandor de las lámparas. Llegados al lugar donde se celebraba el banquete, entraban los invitados, se cerraba la puerta y empezaba el festín.

Pues bien, transcurrido dicho festín, se volvían a reunir ambos cortejos, y al son de los instrumentos populares al uso, acompañaban a los esposos hasta la casa del esposo, que «recibía» a la esposa. Si la casa del esposo era lo suficientemente grande, se celebraba el banquete allí, y entonces el cortejo acompañaba a los esposos hasta la alcoba. Las casas modestas no podían tener alcoba, porque constaban de una sola pieza que servía para todo, y en todo caso, la parte subterránea o excavada serviría de almacén. Por esto el esposo debía recibir a una esposa que venía de fuera.

Es por todo esto que hemos escogido una versión en que esta celebración, en la boda de José con María, debía celebrarse necesariamente antes del viaje a Ain Karem, y cumplir con la ceremonia de la recepción del esposo. Sólo de esta forma quedaba a cubierto la reputación de la Virgen María. Finalizada la boda, y probablemente tras unos pocos días de

preparación del viaje, María debió ir a visitar a su prima Isabel, donde pasa tres meses hasta el nacimiento de Juan Bautista.

Al volver María de Ain Karem, san José debió notar el embarazo. Incluso suponiendo que la acompañara, como aseguran algunos exegetas, las dudas se le plantean a José precisamente después de la Visitación. Así parece deducirse al concordar el evangelio de san Lucas con el de san Mateo.

Sin embargo, José se sorprende, porque probablemente no ha estado en Ain Karem. Esta circunstancia es la más verosímil y que, además, es fácil de comprender. San José recibe a la Virgen y descubre la preñez. Sólo él sabe que no puede ser por su causa, pero no le es posible creer en la culpabilidad de María. Por esto «... *siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto* ...».

San José al no «denunciar», deja de cumplir, según la Ley, con su obligación. Si el santo Patriarca hace esto, es porque no cree realmente culpable a María; no puede saber la causa, porque no le ha sido aún revelada la obra del Espíritu Santo, pero sin duda piensa que en la concepción de su esposa hay algo misterioso que sólo Dios conoce. Fijémonos que este *repudio en secreto*, si se piensa con detenimiento, en realidad implica que José deberá irse de Nazaret. ¿De qué manera si no, iba a ser secreto el «repudio»? No debía ser María, la madre, quien abandonara la casa, puesto que ello

supondría el conocimiento público del hecho. Por esto queda claro que, en palabras de san Mateo, san José evita en todo momento que su esposa quede en entredicho.

Pero Dios no abandona al santo Patriarca, y le da a conocer por medios extraordinarios sus planes: «... *se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados* ...» La explicación del ángel es muy clara: María ha concebido por obra del Espíritu Santo, en tanto que el hijo al que él, como Patriarca, pondrá el nombre de Jesús, salvará a su pueblo de los pecados, es decir, será el Mesías, Hijo de Dios.

Y José recibió en su casa a su esposa, María. Recordemos que al comentar las nupcias, debimos admitir que la recepción de María en casa de José se habría ya producido. Pero ahora, tiene un carácter de «aceptación» de la voluntad de Dios: san José acepta la concepción virginal de María, su esposa y por esto la «recibe» nuevamente en su casa.

No lo dice el Evangelio, pero hemos de suponer que san José, informado ya por el ángel, pudo hablar después con la Virgen María con naturalidad, sobre la altísima misión que Dios les ha confiado. En el seno de la Sagrada Familia, que se acaba de fundar, todo está a punto para el nacimiento del Hijo de Dios.

Se revela a José el misterio de la Encarnación

Es el misterio, el secreto de la divina Encarnación, de la Redención que la Santa Trinidad revela al hombre. En verdad es imposible subir más alto. Estamos en el orden de la Redención, de la Encarnación, en el orden de la unión hipostática, en la unión de Dios personal con el hombre. Desde esta perspectiva la mirada de Dios nos invita a considerar al humilde y gran Santo; y es aquí que él dicta la palabra que lo explica todo, sobre las relaciones entre san José y todos los grandes profetas y todos los otros grandes santos, incluso aquellos que han tenido elevados oficios públicos como los apóstoles: ninguna otra gloria puede sobrepasar a la de haber tenido la revelación de la unión hipostática del Verbo divino... Fuente de toda gracia es el Redentor divino: cercana a él está María Santísima, dispensadora de los divinos favores; pero si hay algo que

deba suscitar todavía una mayor confianza por nuestra parte, es, en cierto sentido, el pensamiento de que es san José el que todo lo puede ante el Redentor divino y ante la Madre divina, en un modo y con un poder que no es sólo el de una fiel custodia... los ángeles tienen respeto y veneración hacia Jesús y María, pero a su vez Jesús y María obedecen y tributan obsequio a José: ellos reverencian lo que la mano de Dios había constituido en él: la autoridad de esposo, la autoridad de padre.

Grandísima pues debe ser nuestra confianza que debemos tener hacia el Santo que estuvo en relaciones tan duraderas e incluso únicas, con las fuentes mismas de la gracia y de la vida, la Santísima Trinidad.

Pío XI: *Bolletino del clero romano*,
19 de marzo de 1935

La muerte pascual de san José*

JOSÉ BRIOSCHI

Sí! Existe una forma de «morir cristiana» que vuela más alto de lo que normalmente se entiende en la invocación a san José, patrono de la «buena muerte». Es posible captar claramente esa forma trasladándose al monte Calvario y contemplando a Jesús en la cruz con los dos malhechores crucificados junto a Él, uno a su derecha y otro a su izquierda. Ahí, en el Calvario, se captan las únicas tres maneras posibles de concluir nuestra vida aquí en la tierra: la primera es la manera de Jesús, que se abandona en las manos del Padre; la segunda es la del «buen ladrón», que se arrepiente de su propio pecado; la tercera, por último, es la manera del «malvado malhechor», que maldice su miserable destino.

Jesús muere como «hombre-divino», arrancando exclamaciones de estupor de la boca del centurión (ver Mt 27,54 y pasajes paralelos); uno de los malhechores muere como «hombre arrepentido», o sea, «en estado de gracia», y por consiguiente se salva; el otro muere como «hombre impenitente», digamos, en estado de pecado, y por eso corre el riesgo de condenación. La muerte de Jesús fue una «muerte santa»; la muerte de uno de los malhechores fue una «buena muerte»; la del compañero fue una «pésima muerte».

No es posible una cuarta manera, consistente en morir en la «indiferencia», es decir, sin emociones «escatológicas» en relación con el Más Allá. Y si ante la muerte alguien pretendiese ser «estoico», impasible, además de provocar con eso un riesgo para su destino eterno, merecería ser «vomitado» por Dios (ver Ap 3,15-16). ¿A cuál muerte debe aspirar el cristiano? La «buena muerte», entendida como caza del premio celestial, hace pensar en la del «buen ladrón», que roba el paraíso en el último momento; pero ésta no alcanza a ser la muerte digna del discípulo de Cristo. En el momento final de la vida, no es posible limitarse elogiosamente a llamar al sacerdote para que nos haga estar en paz con Dios llevándonos el santo Viático, o sea, Jesús eucarístico, y así Él nos acompañe en el tránsito de la muerte a la vida, de este mundo al Padre.

*Reproducido de *Studi Cattolici*, núm. 541. Traducción de la revista *Humanitas*.

Ratificación de la oblación

EL momento de la muerte es el momento más «místico», es decir, más lleno de misterio, ya que debe coronar toda una vida de oblación, de ofrecimientos de nosotros mismos a Dios, y mediante el Bautismo es habilitado el discípulo de Cristo para esa muerte, como san Pablo nos señala: «¿No sabéis que todos nosotros, al ser bautizados en Cristo Jesús, hemos sido sumergidos en su muerte?» (Rom 6, 3). Naturalmente, el Bautismo no nos une con la muerte de Cristo en forma pasiva, sino en forma activa, dinámica, en otras palabras, en forma existencial, o sea, el Bautismo nos compromete a llevar una vida, una existencia enteramente similar a la de Cristo (*exemplum dedi vobis*, yo les he dado ejemplo, Jn 13, 15), para llegar a su fin con una muerte similar a la suya. Ahora, el momento de la muerte de Jesús fue el momento de la ratificación de esa oblación con la cual Él vivió y sacrificó toda su vida por la causa del Padre. Así, Jesús fue el oblato por excelencia, desde el comienzo de su concepción (ver Heb 10, 5-7) hasta el último aliento: «Y Jesús gritó muy fuerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y dichas estas palabras, expiró» (Lc 23, 46).

Para el discípulo, no será en absoluto fácil la configuración con este tipo de muerte de Cristo si no ha sido preparada mediante una configuración con la vida de Él en el curso de la propia existencia, como el mismo Jesús nos advierte: «El que quiera asegurar su vida la perderá, y el que sacrifique su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8, 35). Así, la forma distintiva de la existencia del cristiano es una forma oferente, es decir, de ofrecimientos de sí mismo a Dios; una forma sacrificadora, es decir, de sacrificio por Dios; una forma fiduciaria, de abandono filial en las manos del Padre. La muerte es el momento de la ratificación, de confirmar la firma de este pacto de oblación iniciado con el Bautismo. Es el momento de nuestra anunciación, el momento de presentarnos a Dios y decirle: «¡Aquí está tu servidor, Señor!» (ver Lc 1, 38).

Los conocidos «Actos de consagración» al Sagrado Corazón de Jesús, al Corazón inmaculado de María y al corazón castísimo de José no son sino «manifestaciones de confianza» en esos sacratísimos Corazones para que nos ayuden a realizar la forma oferente de la propia existencia, que Jesús, María y



La muerte de san José,
de Giuseppe Crespi (1665-1744)

¿San José en el cielo con el cuerpo?

POR consiguiente, es al Calvario hacia donde debemos dirigir la mirada para tener el cuadro completo de todas las posibles modalidades de «nuestro morir» y así prepararnos a tiempo para aquella que queramos experimentar en el momento de la muerte, ¡es decir, una modalidad pascual! Mientras suplicamos a Dios que nos libre de una muerte como la del «mal ladrón», no nos contentemos puramente con la «buena muerte» del ladrón crucificado a la derecha de Jesús, y apuntemos en cambio al modelo de muerte que nos dejó el Maestro.

A la luz de estas consideraciones, es posible decir con toda razón que si el nacimiento de María fue el primer nacimiento pascual –un nacimiento inmaculado, en previsión de los méritos de la muerte pascual de Jesús–, la muerte de san José fue la primera muerte pascual, con carácter de anticipación, una santa muerte en el espíritu del mismo misterio pascual de ese Verbo, Hijo de Dios, hecho hombre, que le fue confiado como verdadero hijo suyo.

Habiendo vivido junto a Jesús por largos años, san José ciertamente recibió, con María, un conocimiento suficiente del misterio de Salvación que Cristo debe haber anunciado entre las paredes domésticas antes que a las multitudes de Palestina. En ese mensaje debió estar incluido, por cierto, el anuncio de la misión sacrificadora de Jesús y su resurrección. A este Hijo del Altísimo, san José ofreció, sacrificando por Él, toda su propia existencia. En el momento de la muerte, ciertamente no se preocupó del destino eterno, sino más bien dirigió su amable mirada a Jesús y María, que estaban con él, y en un silencio estático hizo el último ofrecimiento de sí mismo a Dios, abandonándose confiadamente en sus manos, con la certeza de encontrarse pronto en el cielo con Jesús y María, ellos también en cuerpo y alma. Afirman la resurrección y ascensión al cielo del esposo virginal de María santos de la importancia de san Jerónimo, san Bernardo, y san Francisco de Sales. Señala este último: «Tengo plena certeza de que san José se encuentra en el paraíso en cuerpo y alma» (ver don Tarcisio Ravina, *Vita di san Giuseppe*, Ed. Paoline, Alba-Roma, 1932).

Por tanto, en la oración que dirigimos a san José no debemos pedir al santo Patriarca puramente una

José fueron los primeros en vivir con el fervor más intenso.

En definitiva, la muerte del cristiano, más que una buena muerte, debe ser más bien una muerte pascual, como lo expresa la Iglesia en el ritual de asistencia a los moribundos. Ahora, el misterio pascual de Cristo fue un misterio de Muerte y Resurrección. Jesús jamás anunciaba su Pasión y Muerte sin anunciar al mismo tiempo su propia Resurrección.

Del mismo modo, el discípulo de Cristo, en el momento de despedirse de este mundo, debe expresar todo su filial abandono en Dios y toda su fe en la resurrección de la carne al final de los siglos. Así lo expresa san Pablo: «Si la comunión en su muerte nos injertó en Él, también compartiremos su resurrección» (Rom 6, 5). Así, para el discípulo de Cristo la muerte pascual significará el último acto de ofrecimiento de la propia vida en manos de Dios, acompañado de la firme esperanza de la resurrección después de la muerte. ¿Se tiene la impresión de que en el pueblo cristiano circule esta enseñanza evangélica sobre mi muerte, la muerte de mis seres queridos, la muerte de mis conocidos y amigos? Es una enseñanza que debería acompañarnos a lo largo de todo el curso de la vida, ya que la misma no puede surgir milagrosamente en el momento de la muerte.

muerte «en estado de gracia», sino una muerte «en tensión pascual», es decir, de abandono en Dios, con la certeza de merecer al final de los siglos una gloriosa resurrección y glorificación en el cielo, análoga a las de Jesús y María.

Si la devoción a san José sirviese puramente para poner «de moda» la doctrina escatológica de la Iglesia, o sea, la doctrina de los Novísimos, que se encuentra más bien apagada en nuestros días, se realizaría con todo plenamente la palabra del papa Juan Pablo II, que en la exhortación apostólica sobre san José afirmaba «la actualidad de la oración al santo para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo milenio cristiano» (*Redemptoris custos*, n. 32). Se refuerza de este modo nuestra convicción, constituida en otra sede, de que el milenio que comenzó hace pocos años será el milenio de la Familia, inspirada en la santa Familia de Nazaret y modelada sobre la misma, en la cual precisamente san José fue puesto a la cabeza.

En conclusión, san José es modelo y patrono de algo más importante y específico que lo que se suele pensar y escribir al evocarlo como «patrono de la buena muerte». Con todo, a falta de otra cosa, también esta oración «interesada» puede servir para poner feliz término a nuestra existencia en esta tierra.

Una gracia de Don Bosco

EN la vida de Don Bosco, se narra un interesante episodio. Un joven pobre de la ciudad de Turín encontró en un papel en que envolvieron tabaco en el almacén una oración a san José para obtener la buena muerte. Esto despertó la curiosidad del joven, que la aprendió de memoria y la recitaba mecánicamente todos los días sin intención formal alguna de obtener una gracia. Sin embargo, obtuvo una gracia, que fue un encuentro con Don Bosco, el cual lo condujo a Dios. Poco después tuvo una enfermedad grave que le ocasionó la muerte. Murió invocando y ensalzando el nombre de san José.

No parece ciertamente poco difundida la devoción a san José, ya que en el mundo existen más de setenta catedrales –digo catedrales y no puramente iglesias parroquiales o capillas– dedicadas al Esposo virginal de María. No podemos, por tanto, no acoger la invitación de santa Teresa de Ávila: «Por mi gran experiencia de los favores que obtiene de Dios san José, quisiera convencer a todos de ser devotos de él».

Que esta invitación se acoja con todo el ardor, que seguramente a nadie desilusionará.

ACORDAOS

Acordaos, oh castísimo esposo de la Virgen María y amable protector mío san José, que jamás se ha oído decir que ninguno haya invocado vuestra protección e implorado vuestro auxilio sin haber sido consolado. Lleno, pues, de confianza en vuestro poder, ya que ejercisteis con Jesús el cargo de padre, vengo a vuestra presencia y me encomiendo a vos con todo fervor. No desechéis mis súplicas, antes bien acogedlas propicio y dignaos acceder a ellas piadosamente. Amén.

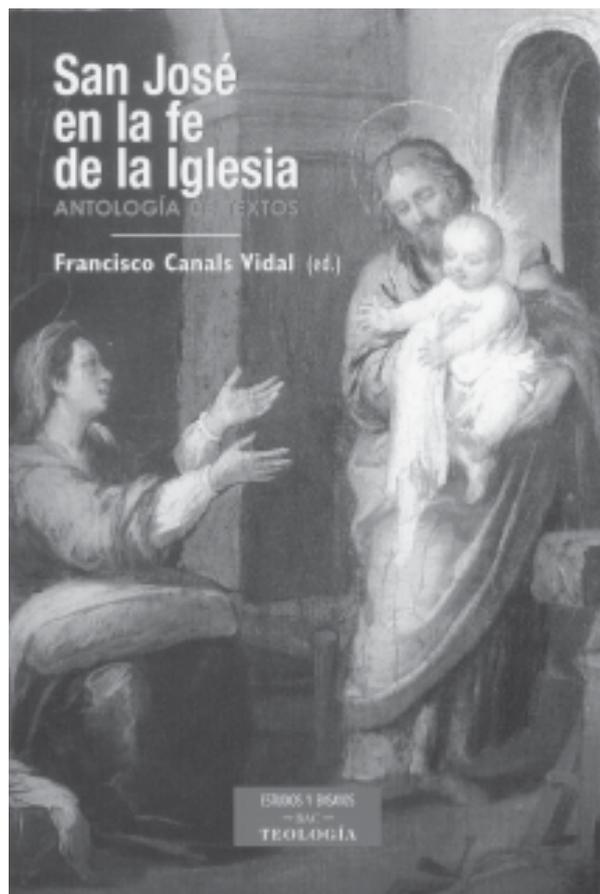
«San José en la fe de la Iglesia»

Con este título acaba de aparecer la obra cuya portada ilustra esta página. Se trata de una antología de textos sobre san José, escogidos por quien es colaborador habitual de esta Revista, el doctor Francisco Canals Vidal, precedidos por una larga introducción histórico-doctrinal. La obra ha sido editada por la Biblioteca de Autores Cristianos y se pone al alcance del público, por una feliz coincidencia, en pleno mes de marzo, el dedicado al santo Patriarca.

Nos llena de satisfacción, a los redactores de CRISTIANDAD, dar esta noticia, y hacerlo precisamente en este número de marzo que dedicamos a san José. Parece innecesario presentar a nuestros lectores a Francisco Canals, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, doctor en Derecho, en Filosofía y en Teología, habitual en nuestras páginas; pero en esta ocasión es obligado recordar que en el campo de la teología sus esfuerzos se han dirigido hacia tres temas: el de la ortodoxia dogmática, el de la gracia (del que habla en estas mismas páginas) y el de san José. Su tesis doctoral de Teología fue «José, esposo de María, patriarca del Pueblo de Dios». Cuando se publicó esta tesis, el libro se enriqueció con una extensa antología de textos que iban desde Pío IX hasta Juan Pablo II, desde san Juan Crisóstomo hasta el padre Francisco de Paula Solà, S.J. El objetivo de esta antología era poner de manifiesto como la fe del Pueblo de Dios, la fe de la Iglesia a propósito del santo Patriarca era unánime en la creencia en «la eminente función, en la excelencia de su dignidad, en la que se le considera, con su esposa María, y en un especial orden de relación a Jesucristo su Hijo, como asociado a la dispensación redentora».

La obra que ahora sale a la luz, a pesar de que por su título podría parecerlo, no es una repetición de la anterior, porque su propósito es distinto. Lo expresa el doctor Canals al final de la introducción: «Lo que se ha pretendido es señalar los hitos fundamentales en la comprensión de la figura de san José... Pretendemos así ayudar a que no se cierre la reflexión sobre el Patriarca del Pueblo de Dios confiando en que un mejor estudio de su figura redundará no sólo en el campo de la teología, sino también en el de la vida de la Iglesia». Por eso, aunque algunos de los textos ya aparecen en aquella primera obra, muchos son nuevos y se acompañan de introducciones extensas que ayudan a un mejor aprovechamiento de los textos aducidos.

Cuatro grandes áreas comprende la antología: la predestinación y la fe de José y de María; san José, esposo de María; san José, padre de Jesucristo; y san José, protector de la Iglesia. Como en todos los



campos de la teología, también en josefología se da un «progreso», en el sentido de un mejor conocimiento, de una más profunda comprensión de su misterio. Este progreso puede tener a veces matices de polémica. En josefología hay que batallar para superar los errores judaizantes y las que podríamos llamar «beaterías» de algunos evangelios apócrifos; y también hay que batallar contra los falsos progresos que pretenden separar a san José de la economía de la Salvación. Esta antología de textos josefinos muestra que esta tarea ha sido emprendida por grandes teólogos (san Agustín, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino, san Francisco de Sales, Suárez...), ha cautivado a grandes santos (santa Teresa de Jesús, san Alfonso María de Ligorio, santa Teresita del Niño Jesús...) y ha dado sus frutos, frutos de riqueza teológica y de devoción. San José está en el pensamiento del pueblo cristiano que reza, le contempla junto a María y a Jesús, le sabe en lugar preferente en el cielo, le pide una buena muerte...

La obra exige un comentario extenso y profundo, que dejamos para otra ocasión y para pluma más competente. Sólo hemos querido adelantarnos a dar noticia de esta importante novedad, que los devotos de san José agradecemos al doctor Canals.

J.M.^aM.G.

El padre José María Vilaseca, el devoto de san José de los tiempos modernos

XAVIER BISBAL I TALLÓ



De los hilados al seminario

HE aquí la vida de un sacerdote enamorado de san José. El Siervo de Dios José María Vilaseca Aguilera nació el 19 de enero de 1831 en Igualada, donde fue bautizado el mismo día en la parroquia de Santa María.

En Barcelona concluyó sus estudios medianos, ya que su familia se había trasladado en búsqueda de mejores puestos de trabajo ante la crisis económica que afectaba Igualada. Su padre ingresó como supervisor de una fábrica de hilados, donde el adolescente José trabajó, teniendo a su cargo una máquina de hilar. Su vida estaba proyectada para que se desarrollase en el ambiente industrial; por las noches estudiaba dibujo lineal y matemáticas en las escuelas que la Junta de Comercio de Barcelona patrocinaba: su padre quería que llegase a ser un buen mecánico.

Frecuenta la asociación de San Luis Gonzaga, en cuyo seno despertaron en él las aspiraciones que le pusieron en un camino muy distinto al que tenía proyectado: el de la vocación sacerdotal.

En 1847, impulsado por esta inclinación, deja su trabajo en la fábrica y solicita su ingreso como sacristán de la parroquia de Santa Ana, donde su rector, Santiago Canals Linás, antiguo religioso paúl,

lo formó en la ciencia y en la virtud; tomando como confesor y director espiritual al reverendo Agustín Cruz, que le ayudó a ingresar en el seminario de Barcelona como alumno externo.

La partida a México

SU ingreso en el seminario no solo representó para José la realización de su ideal, sino también el descubrimiento de la vocación misionera, gracias a la invitación del padre Armengol, religioso paúl, quien buscaba religiosos para México. En el proceso de discernimiento de esta vocación, su director espiritual le impuso un periodo de maduración que duró tres años; durante este tiempo manifestó con claridad su decisión, su constancia y su espíritu de fe. Con el permiso paterno después de muchas dificultades con la familia, y habiendo renunciado a su herencia en favor de un hermano menor, a finales de 1852 partió para México.

Religioso paúl y sacerdote en un difícil contexto

LLEGÓ a Veracruz el 10 de marzo, ingresa en el noviciado paúl el 2 de abril de 1853, y profesa como religioso en la Congregación de la Misión el 3 de abril de 1855. Como expresión de su amor a la Virgen, añadió a su nombre el de María. Recibió la ordenación sacerdotal el 20 de diciembre de 1856, poniendo a san José como padrino de su Misa nueva.

El ejercicio de su ministerio sacerdotal fue en una época difícil para México: en 1857 fue jurada la Constitución política del nuevo Estado mexicano y a partir de ese año empezó la persecución contra la Iglesia: se oficializa la separación Iglesia-Estado y se declara una educación laica y abiertamente anticatólica. El pueblo estaba abandonado por la falta de actividad pastoral: ignorancia y degeneración moral, miseria, escasez, corrupción y relajamiento del clero, retirada de institutos religiosos, apostasía e indiferencia de muchos y penetración de las sectas protestantes y las logias masónicas.

Los diez primeros años de su sacerdocio los dedicó a las misiones populares; hacia 1860 estuvo medi-

tando sobre el camino de la unión con Dios, y escribió *El beso y su camino*, de carácter netamente místico. Con espíritu evangelizador estableció en 1869 la Biblioteca Religiosa, inspirado en san Antonio María Claret. La cifra de ejemplares publicados alcanzó los ochocientos mil, defendiendo la fe y moral católicas, y la devoción a la Virgen Santísima.

La devoción a san José, regalo de María

EL 8 de diciembre de 1870, el papa Pío IX, proclamó a san José el patrón de la Iglesia universal. Sobre el padre José María Vilaseca se ha escrito que «fue el devoto de san José de los tiempos modernos. No hay en toda la Cristiandad quien con más entusiasmo, persistencia, sabiduría y fervor, haya difundido la veneración a san José».

En marzo de 1871 predicó el mes de san José en la capilla de San Vicente. Esa experiencia fue el punto de partida de un trabajo intenso para propagar la figura de san José. Fue el momento en que el igualadino sintió la devoción a san José como un regalo de María. Al finalizar la predicación del mes se propuso editar una revista que difundiese la figura de san José: *El Propagador de la devoción al Señor San José y a la Sagrada Familia*, que aún se edita en la actualidad. Estableció la Asociación de los devotos del Señor San José y, en 1872, añade al *Propagador* el boletín titulado *El sacerdocio católico*, con la finalidad de promover las vocaciones consagradas. Los efectos de la revista mensual han sido maravillosos.

El Colegio Clerical del Señor San José

PRONTO unió su ardiente amor a san José con la promoción del ministerio sacerdotal. La escasez de sacerdotes, los problemas de los seminarios, el abandono espiritual de los pueblos, constatados en su actividad misionera, motivaron al P. Vilaseca proponer a sus superiores la creación de un centro de estudios eclesiásticos en la archidiócesis de México. Con el permiso del arzobispo y sus superiores, fundó el Colegio Clerical del Señor San José, el 19 de marzo de 1872, para formar pastores que se dedicasen a la atención de las parroquias, y no se perdiese el fruto de las misiones. Empezó de forma muy modesta, con doce muchachos; pero cuando lo entregó al arzobispo en 1885 —sólo doce años después de su fundación— el Colegio había dado a México 55 sacerdotes y un personal formado por 35 gramáticos, 36 filósofos y 46 teólogos, con un alumnado de 130 alumnos que recibían una formación conforme a las disposiciones del Concilio Tridentino.

La fundación de los institutos josefinos

EL mismo día de la fundación del Colegio Clerical, el 19 de marzo de 1872, fundó la Congregación de los Misioneros de San José, la finalidad de los cuales consiste en la promoción del culto y devoción a san José y en la evangelización, preferentemente de pobres e indígenas, mediante la educación de la juventud, las misiones y otros ministerios. Tres días más tarde fundó la Congregación de Hermanas Josefinas, con la ayuda de la señorita Cesaria Ruiz de Esparza Dávalos, para la educación de la juventud, la atención a los enfermos y a otras formas de caridad.

El padre Vilaseca se dedicó a la formación de sus hijos mediante la relación personal, ejemplo de vida, instrucciones y escritos, entre los cuales dejó un verdadero patrimonio espiritual. Impulsó las misiones populares, en las cuales participaron alumnos y sacerdotes del Colegio Clerical y los primeros misioneros josefinos. Estableció misiones entre los indígenas trahumaras, yaquis, huiloches y lacandones. Fundó colegios para la instrucción de la infancia y juventud.

Encarcelado y desterrado

POR sus ataques al protestantismo y a la masonería, el 19 de mayo de 1873, fue encarcelado y desterrado del país durante un año. En ese tiempo pudo visitar Roma y conocer al papa Pío IX.

Cuando en 1885 entregó el Colegio Clerical por orden del arzobispo de México, se dedicó plenamente a sus obras josefinas y a la formación de sus misioneros, establecidos en la Ribera de Santa María, casa madre de los misioneros josefinos desde 1877. Ese mismo año se ve obligado a abandonar los paúles y profesa como misionero josefino. La congregación de los Misioneros de San José recibió el *decretum laudis* el 20 de agosto de 1897, y la aprobación definitiva el 27 de abril de 1903; las hermanas josefinas, el 18 de mayo del mismo año.

Olor de santidad

JOSÉ María Vilaseca expiró, en olor de santidad, el 3 de abril de 1910, en el Hospital Escandón en Tacubaya. Culminó su misión con las palabras: «Jesús, María y José, vámonos». Sus restos descansan en el templo de la Sagrada Familia, que él mandó construir en 1899.

Aquí tenemos una descripción moral y sobrenatural de este gran hombre, escrita por Miguel Solà

Dalmau: «físicamente era de complexión robusta, fuerte y dotado de una actividad inaudita; nada propenso a enfermedades, tuvo una resistencia admirable para el trabajo. Inteligente y compasivo, su talento fue más práctico que especulativo. Sus sermones son sólidos y precisos, al nivel de los oyentes y lectores. El tesoro de una gran fuerza y dominio de la voluntad lo hizo un carácter indomable y resistente a toda clase de contrariedades y persecuciones. Ecuánime, pacífico y alegre. La pureza de su vida sacerdotal y una gran humildad son el perfil más destacado de sus virtudes. Su obediencia y resignación brillan de manera extraordinaria, pero como un diamante que iluminó toda su vida, luce en él un tierno amor a Jesús, María y José». Otro biógrafo añade: «un sacerdote ejemplar preocupado por

las vocaciones y la formación sacerdotal, un religioso intachable entregado totalmente a Cristo y a la Iglesia, fiel al espíritu que recibió en la Congregación de la Misión enriquecido con su vivencia josefina. Un misionero que entregó su vida desinteresadamente a favor del pobre, sobre todo del indígena, de la niñez y de la juventud. Un escritor fecundo que con sus libros se preocupó de catequizar al pueblo sencillo y defender los dogmas de la Iglesia. Un gran amante de san José cuya devoción extendió en la mayor parte de la República mexicana. Fue el apóstol de san José en la América Latina del siglo XIX». En 1938 se abrió el proceso para su glorificación canónica. En Igualada una placa en la basílica de Santa María recuerda su bautismo, y una residencia de ancianos lleva su nombre.

San José, esposo de María

El varón «justo» de Nazaret posee ante todo las características propias del esposo. El Evangelista habla de María como de «una virgen desposada con un hombre llamado José» (Lc 1,27). Antes de que comience a cumplirse «el misterio escondido desde siglos» (Ef 3,9) los Evangelios ponen ante nuestros ojos, la imagen del esposo y de la esposa. Según la costumbre del pueblo hebreo, el matrimonio se realizaba en dos etapas: primero se celebraba el matrimonio legal (verdadero matrimonio) y, sólo después de un cierto período, el esposo introducía en su casa a la esposa. Antes de vivir con María, José era, por tanto, su «esposo»; pero María conservaba en su intimidad el deseo de entregarse a Dios de modo exclusivo. Se podría preguntar cómo se concilia este deseo con el «matrimonio». La respuesta viene sólo del desarrollo de los acontecimientos salvíficos, esto es, de la especial intervención de Dios. Desde el momento de la anunciación, María sabe que debe llevar a cabo su deseo virginal de darse a Dios de modo exclusivo y total precisamente por el hecho de llegar a ser la madre del Hijo de Dios. La maternidad por obra del Espíritu Santo es la forma de donación que el mismo Dios espera de la Virgen, «esposa prometida» de José. María pronuncia su «fiat».

El hecho de ser ella la «esposa prometida» de José está contenido en el designio mismo de Dios. Así lo indican los dos evangelistas citados, pero de modo particular Mateo. Son muy significativas las palabras dichas a José:

«No temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1,20). Estas palabras explican el misterio de la esposa de José: María es virgen en su maternidad. En ella el «Hijo del Altísimo» asume un cuerpo humano y viene a ser «el Hijo del hombre».

Dios, dirigiéndose a José con las palabras del ángel, se dirige a él al ser el esposo de la Virgen de Nazaret. Lo que se ha cumplido en ella por obra del Espíritu Santo expresa al mismo tiempo una especial confirmación del vínculo sponsal, existente ya antes entre José y María. El mensajero dice claramente a José: «No temas tomar contigo a María tu mujer». Por tanto, lo que había tenido lugar antes —esto es, sus desposorios con María— había sucedido por voluntad de Dios y, consiguientemente, había que conservarlo. En su maternidad divina María ha de continuar viviendo como «una virgen, esposa de un esposo» (cf. Lc 1,27).

En las palabras de la «anunciación» nocturna, José escucha no sólo la verdad divina acerca de la inefable vocación de su esposa, sino que también vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación. Este hombre «justo», que en el espíritu de las más nobles tradiciones del pueblo elegido amaba a la virgen de Nazaret y se había unido a ella con amor sponsal, es llamado nuevamente por Dios, a este amor.

JUAN PABLO II: Exhortación apostólica
Redemptoris custos

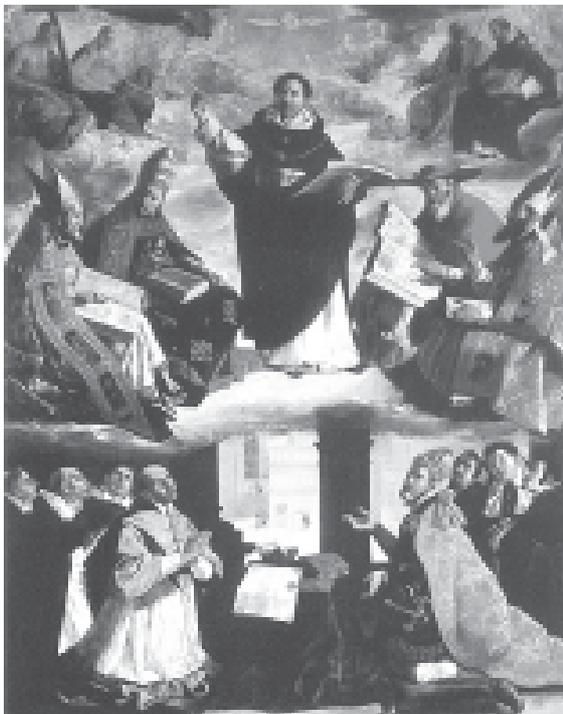
Declaración conjunta católico-protestante sobre la justificación por la fe

El 25 de junio de 1998 se publicó, por la Santa Sede, una declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación. Este documento había sido examinado y aprobado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos y la Federación Luterana Mundial. Juan Pablo II calificó esta declaración como un «don del Espíritu de sabiduría de Dios y un importante logro ecuménico».

En la sede de la Fundación Balmesiana tuvo lugar un acto conjunto de exposición de dicha declaración, en el que intervinieron Francisco Canals Vidal y el teólogo calvinista y profesor universitario de Estética, David Estrada Herrero. En relación con aquel acto, Francisco Canals (que llevaba mucho tiempo dedicado al estudio del tema en santo Tomás de Aquino, especialmente en los Comentarios del Doctor Angélico a las Epístolas paulinas) escribió en *Cristiandad* un artículo titulado «La justificación por la fe. El Evangelio de Pablo en los *Comentarios* de santo Tomás de Aquino» (*Cristiandad* de enero-febrero 2000, pp. 31-34).

En aquel artículo se resume la interpretación que da santo Tomás a la enseñanza de san Pablo en la Carta a los Gálatas (centrada en la polémica contra los judaizantes, que exigían de los cristianos el cumplimiento de la Ley Antigua, comenzando por la circuncisión) y en la Carta a los Romanos (que, en un plano más universal, exige que el hombre no se atribuya el mérito de las buenas obras a su propia iniciativa): a la justificación en cuanto tal no precede mérito alguno humano, y tiene por autor a sólo Dios porque, como enseñó santo Tomás: «aunque la justificación del impío en el adulto que tiene uso del libre albedrío no se da sin que consintamos nosotros

con un movimiento de nuestro libre albedrío, *este movimiento no es causa de la gracia, sino su efecto, y así toda la acción de la justificación hay que atribuirlo a Dios sólo.*



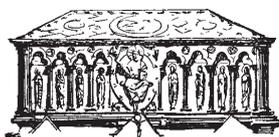
La apoteosis de santo Tomás de Aquino,
de Zurbarán

El acto de fe en Cristo, por cuyo mérito somos justificados, es el primer efecto de la gracia en nosotros; no es una «buena obra» por la que merezcamos la justicia de Dios. Los *Comentarios* de santo Tomás contienen una plena comprensión de la clara enseñanza del Evangelio de Pablo: «Por las obras de la Ley no será justificado hombre alguno».

En aquel artículo se contenían también textos de san Ignacio –que previene contra el riesgo de que «mientras exaltamos excesivamente las fuerzas del libre albedrío, derogamos la gracia de Jesucristo» (*Ejercicios espirituales*, regla 14 de las *Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener*)–, del

cardenal Gaspar de Contarini –que afirma que «algunos, jactándose de ser adversarios de los luteranos, no entienden que quitan mucho a la gracia» (v. cardenal Ángel Suquía, *Las reglas para sentir con la Iglesia de san Ignacio en la vida y en las obras del cardenal Contarini*, Archivo Histórico de la Compañía de Jesús, 24, 1956, pp. 380-395)– y la precisa y admirable *Exposition de la doctrine de l'Eglise catholique*, de Bossuet, que mereció la aprobación de Inocencio XI en dos breves de 4 de enero y 23 de julio de 1679, de la que reproducimos aquí unos fragmentos.

Más recientemente, Francisco Canals ha redactado este comentario más desarrollado de la doctrina de santo Tomás contenida en sus *Comentarios* a las epístolas paulinas, que también damos a conocer a continuación.



El «Evangelio de Pablo» en los *Comentarios a las epístolas de san Pablo* (contra los judaizantes) de santo Tomás de Aquino

FRANCISCO CANALS VIDAL

EN la Escritura encontramos exhortaciones de la Palabra de Dios a seguir con fidelidad los llamamientos del Señor. Leemos en Proverbios 4, 27: «No te desvíes a la derecha ni a la izquierda, aparta tus pies del mal, porque los caminos que están a la derecha sólo el Señor los conoce, pero los que están a la izquierda son caminos perversos». Seguidamente leeremos unas indicaciones de san Agustín para que acerremos a comprender las palabras divinas que nos iluminan sobre las diversas y opuestas formas en las que podemos ser tentados a desviarnos respecto de los rectos caminos por los que andaríamos según la voluntad de Dios.

Estas desorientadoras tentaciones están presentes, a lo largo de los siglos, en situaciones de las que san Ignacio dice que «el enemigo de natura humana» acecha para corromper la sinceridad de nuestra obediencia a la Ley divina. Nos conviene leer con sinceridad los consejos y advertencias de valor permanente que los grandes maestros del espíritu nos dan, y que nos ayudan a estar abiertos a que la luz divina nos esclarezca en nuestras confusiones y nos ayude a librarnos de la hipocresía a que siempre estamos expuestos y abocados.

San Agustín, en una carta del año 427 a Valentín, ilumina a su lector para comprender fielmente la exhortación antes citada de los Proverbios. Comenta san Agustín: «Desviarse hacia la derecha es querer asignar a sí mismo y no a Dios las mismas obras buenas que pertenecen a los caminos que están a la derecha (...); cuando te mandan “haz rectos los caminos para tus pies” entiéndelo de manera que sepas que, si lo haces, es Dios el que otorga que lo

hagas. Así no te desviarás a la derecha cuando andes por los caminos que están a la derecha, porque no confiarás en tu vigor».

Estas palabras de san Agustín son decisivamente iluminadoras para la comprensión de todas las cuestiones teológicas relativas al cumplimiento de la Ley divina por el hombre y a la relación entre el obrar según la Ley y el pasar del pecado a la justicia. En diversas situaciones a lo largo de los siglos, planteamientos equívocos y respuestas erróneas en torno a la relación entre la justicia humana y la observancia de la Ley han contaminado la fidelidad del hombre a la Ley divina. Lenguajes opuestos y erróneos se han dado desde las posiciones de los cristianos judaizantes, herederos más o menos conscientes de las actitudes del fariseísmo en el Testamento Antiguo, hasta el lenguaje y el pensamiento de los protestantes en su intención de librar la vida católica de herencia judaizante y re-

sucitar al mundo cristiano el «Evangelio de Pablo».

Para acercarnos al planteamiento adecuado de esta cuestión central y gravísima prestemos atención a la Epístola de san Pablo a los Gálatas, en el pasaje tal vez más polémico, en el que san Pablo rechaza rotundamente la posición de sus adversarios judaizantes, que exigían a los bautizados la perseverancia en la observancia de la Ley Antigua, la de la Alianza de Dios con el pueblo judío:

«Nosotros somos por naturaleza judíos, y no pecadores procedentes de la gentilidad. Pero sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, también nosotros creemos en Jesucristo, para que seamos justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la Ley, porque



El apóstol san Pablo, de *El Greco*



La conversión de san Pablo

por las obras de la Ley no será justificada carne alguna» (*Ad Gal. 2, 15-16*).

Habiendo quedado puesto de relieve que los adversarios judíos de Pablo insistían en la continuidad de la circuncisión y de todo el conjunto ceremonial centrado en la antigua Pascua, santo Tomás iluminará el estado de la cuestión notando las distinciones hechas por quienes, por la parte cristiana, diferenciaban entre las obras de la Ley, las llamadas «leyes ceremoniales» —que podían considerarse derogadas por la Muerte de Cristo—, de las leyes morales del Decálogo, promulgado por el anuncio a Moisés al comienzo de la fundación del pueblo de Israel pero destinadas a perpetua vigencia para toda la humanidad. Santo Tomás, sin embargo, no admite que se limite la proclamación paulina a la negación de la confianza judaizante de la justificación por el cumplimiento de las obras ceremoniales:

«Las obras de la Ley hay algunas que son morales, pero otras son ceremoniales. Las morales, aunque se contengan en la Ley, no se llaman propiamente obras de la Ley, por cuanto el hombre es llevado a ellas por instinto natural y por Ley natural. Las ceremoniales son llamadas propiamente obras de la Ley. Pero ser justificado puede entenderse en dos sentidos: de un modo obrar la justicia, y de otro,

ser hecho justo. Pero alguien no se hace justo sino por Dios, por la gracia.

»En cuanto a ser hecho justo, no se justifica el hombre por las obras de la Ley, por cuanto las obras mismas no confieren la gracia. Si algunos, pues, en la Ley Antigua eran justos, esto no era por las obras de la Ley Antigua, sino sólo por la fe de Cristo. Por tanto, con precisión se dice que por las obras de la Ley no es justificado el hombre, sino por la fe de Jesucristo, porque incluso los que en otro tiempo, observando las obras de la Ley, se justificasen, esto no era así sino por la fe en Jesucristo.» (*Comentario a las epístolas de san Pablo, n° 94*).

Desde hace siglos, se ha dado en llamar «Evangélio de Pablo» a este anuncio que atribuye la Salvación a la fe y a la gracia de Cristo, insistiendo en librar al cristiano, ya sea llamado de entre los gentiles, ya sea judío que ha aceptado el mensaje de Cristo, de la tentación de atribuir a cualidades o méritos humanos la Salvación que nos viene por el Evangelio.

San Pablo trata este mensaje central de su predicación especialmente en las dos epístolas, una a los Gálatas —orientada a librar las iglesias de Galacia del anuncio de la obligatoriedad de la Ley Antigua, que situaba también en esta Ley Antigua dada al

pueblo judío el núcleo de la Salvación— y a los Romanos, en una perspectiva más universal, desde la que se viene a reiterar aquella enseñanza de la Salvación por Cristo destinada a todo hombre y que no se apoya en el cumplimiento de las obras de la Ley Antigua.

El Apóstol de los Gentiles destaca aquí la universalidad para todo hombre de la Salvación por la gracia de Cristo, pero el adversario combatido no es el judío enorgullecido por los dones propios del pueblo elegido, sino todo hombre ensoberbecido por las grandezas humanas de la racionalidad y la excelencia del bien obrar según los conocimientos éticos, en los que el hombre se ve tentado a fundamentar la Ley divina en la naturaleza humana y en su razón.

Disponiéndonos a escuchar este «Evangelio de Pablo» en la Carta a los Romanos, después de haberlo leído en la Carta a los Gálatas, nos convendrá, precisamente para comprender su perenne vigencia y actualidad, discernir que la polémica de Pablo está orientada siempre a que no se olvide que la Salvación viene por Cristo sólo y no puede ser recibida más que por la fe, sin pretextos de añadidos que quisiéramos pensar como «complementos» sin los que la fe resultaría en sí misma insuficiente —de aquí las fórmulas paulinas que hablan de la «fe sola» y de la «fe sin las obras de la Ley», no porque el creyente deba pensar que la redención de Cristo le libra del deber de obediencia a la Ley divina, sino porque esta obediencia sólo es asumible y realizable creyendo que Cristo, que ha muerto por nosotros, es el único principio que nos comunica, con su gracia, el poder, superior a las exigencias humanas, de obrar según Dios.

Quizá ayudará también a comprender aquella perenne vigencia y actualidad pensar en la perspectiva polémica de la Carta a los Gálatas en relación con la soberbia religiosa del pueblo judío, con una deformada conciencia de superioridad que este pueblo tenía como tal pueblo (algo así como lo que, en nuestro contexto cultural, sería un nacionalismo religioso) que deformaba radicalmente la posibilidad de salvación por el Mesías, ya que, así como deformaba la conciencia de la Ley divina por una soberbia religiosa, deformaba también la naturaleza de la salvación traída por el Mesías con un mesianismo inmanentizado en el orgullo religioso del propio pueblo.

En la Carta a los Romanos hallamos a Pablo ya enfrentado al peligro de un orgullo religioso racionalista, ya no judaizante, sino humanista. Estamos ante otra forma de antropocentrismo, en el que el mensaje de la liberación del pecado queda sumergido por una soberbia ética apoyada en humanas filosofías. Vamos a leer a san Pablo reiterando las advertencias de la pretendida justificación por las obras

humanas, que en la Carta a los Gálatas denunciaba el orgullo farisaico judío y que se enfrenta aquí a un horizonte más universal:

«Porque por las obras de la Ley no se justificará toda carne. Pues por la Ley sólo tenemos el conocimiento del pecado».

«Ahora, sin embargo, se ha manifestado sin la Ley la justicia de Dios, de que dieron testimonio la Ley y los Profetas. La justicia de Dios por la fe de Jesucristo, sobre todos y hacia todos los que creen en Él».

Las palabras del Apóstol «la justicia de Dios por la fe de Jesucristo» las comenta así santo Tomás:

«Se dice que la justicia de Dios es por la fe de Jesucristo no porque por la fe merezcamos ser justificados, como si la fe en Cristo brotase de nosotros y por ella merezcamos ser hechos justos, como dijeron los pelagianos, sino porque en la misma justificación por la que somos justificados por Dios, el primer movimiento de la mente hacia Dios es por la fe, por lo que también la fe misma, como principio de la justificación, nos viene dada por Dios» (nº 302).

Volvamos a leer directamente a san Pablo, con quien el *Comentario* de santo Tomás nos ha hecho sintonizar plenamente:

«¿Dónde está, pues, tu gloria? Queda excluida ¿Por qué Ley? ¿De las obras? No, sino por la Ley de la fe. Pues juzgamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley (...)

»¿Qué decimos que encontró Abraham, nuestro padre según la carne? Pues si Abraham por las obras de la Ley fue justificado tiene gloria, pero no ante Dios. Y, ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y esto le fue reputado como justicia. Al que obra, la merced no se le imputa según gracia, sino según lo debido; pero al que no obra pero cree en el que justifica al impío, su fe se le reputa como justicia, según el designio de la gracia de Dios».

Así como David habla de la felicidad del hombre que, hecho afecto por Dios, lleva la justicia sin las obras: «Felices aquellos cuyas iniquidades son remitidas y cuyos pecados son borrados». «Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó el pecado».

Dice santo Tomás:

«Las obras humanas pueden generar un hábito de justicia humana, pero las obras de justicia ante Dios se ordenan al bien divino, que excede la facultad humana. Por esto, las obras del hombre no son proporcionadas a causar este hábito de justicia, sino que es necesario que primeramente sea justificado interiormente el corazón del hombre para que pueda hacer obras proporcionadas a la gloria divina» (nº 325).

«Si alguien se justificase por sus obras, la misma justificación se le imputaría como premio no según gracia, sino según algo debido, pero si es según gracia ya no viene de las obras, en otro caso la gracia ya

no sería gracia. Al que no obra de modo que por sus obras sea justificado, pero cree en el que justifica al impío, se le computa su fe como justicia según el designio de la gracia de Dios. No ciertamente porque, por la fe, merezcamos la justicia, sino porque el mismo creer es el primer acto de justicia que Dios obra, pues por lo mismo que cree en Dios que justifica se somete a su justificación y así recibe su efecto. Este reputar la fe como justicia no tendría lugar si la justicia procediese de las obras, sólo tiene lugar según que la justicia procede de la fe» (nº 331).

Santo Tomás comenta las palabras de la Carta de san Pablo «bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas y cuyos pecados han sido borrados» observando que: «es patente que lo que David dice no tuviese lugar si existiesen primero las buenas obras por las que los hombres consiguiesen la felicidad o la justificación. Es, pues, manifiesto que obtiene gloria ante Dios el que no se justifica por la obras de la Ley. La bienaventuranza del hombre procede de Dios según aquello del Salmo: “Bienaventurado el varón que tiene en el Señor Dios su esperanza”» (nº 331).

Una reflexión conviene hacer aquí: si reducir la fe teologal a esperanza llevase a vaciar de contenido el acto de fe, o a no dar importancia a la verdad de los hechos que constituyen la redención humana y el fundamento de la esperanza, tales como la Muerte y la Resurrección del Señor, aniquilaríamos la fe misma; pero si no advirtiésemos la dimensión de esperanza cierta de los contenidos referentes a la felicidad humana merecidos por la Muerte redentora de Cristo para nosotros, nuestra fe teologal carecería de fuerza beatificante y no sería el principio del dinamismo de la vida cristiana hacia Dios.

La Epístola a los Romanos confirma la enseñanza de la Carta a los Gálatas, que da por presupuesta y a la vez completa. La confirmación, por la Carta a los Romanos, de lo que se contiene en la Carta a los Gálatas sitúa, pues, la fe como comienzo de la justificación, a la vez que dispone el alma del pecador a entrar en la vida de la justicia y a obedecer a la Ley divina. La Epístola a los Gálatas sirve de introducción a la Carta a los Romanos y ésta, a su vez, desarrolla completamente la doctrina de la justificación por la fe y de la justificación como apoyada en la fe pero exigiendo que el creyente complete la aceptación fiel de la fe en la Salvación por Cristo con la obediencia de la voluntad del hombre a las exigencias del mensaje de la Salvación.

Los *Comentarios* de santo Tomás a las Epístolas de san Pablo a los Gálatas y a los Romanos se completan y aclaran hasta el punto de impedir todo equívoco que lleve a interpretar la rectitud moral de la conducta de una forma, con actitud semi-pelagiana, que olvide la justificación por la fe o, por el contrario, que olvide la fundamentación de la posibilidad de la conducta según la voluntad de Dios, según las obras de la Ley, sin que la voluntad humana pudiese ser llamada a una buena orientación ética según la Ley, sin que fuese la fe en la acción redentora de Cristo el principio que hace posible al hombre librarse de la culpabilidad y pecaminosidad de la desobediencia a los preceptos divinos.

La sinceridad de la fe en Cristo Redentor exige que creamos en la necesidad de la gracia divina y que no queramos un bien obrar humano que no exigiese previamente el reconocimiento de Cristo como Redentor y de su gracia en nosotros como principio de la posibilidad del bien obrar, como su fruto.

El olvido de la exigencia del bien obrar según la Ley para la justificación del hombre y de la necesidad de que el hombre se apoye en la fe en Cristo para que le sea posible esta buena conducta según la Ley ha llevado, en la historia de la Iglesia, a ciertos errores del protestantismo o a los malentendidos que, pretendiendo la reacción católica frente al protestantismo, renovarían, en la vida cristiana, los errores heréticos pelagianos o semi-pelagianos. Se cae en éstos siempre que, aun concediendo la necesidad de la gracia, se piensa ésta como un auxilio para el bien obrar, y no como el principio dado gratuitamente por Dios y merecido por la Muerte redentora de Cristo para obrar según la Ley de Cristo como un obrar fiel según los llamamientos de Cristo Redentor.

La predicación y la educación según el espíritu católico exigen que el fiel quede esperanzado de la necesidad de la eficacia de la gracia santificante para el bien obrar, esperanzado de que el don de la gracia le capacite no como un auxilio extrínseco y complementario a un obrar de horizontes humanos, sino como movimientos y estímulos que sean el principio de la posibilidad de las conductas meritorias. Su principio será la acción de Dios en el hombre pecador, hecha posible, en su recepción por el hombre, por la fe en Jesucristo, y realizada en la fidelidad a la acción salvadora de Cristo en nosotros.



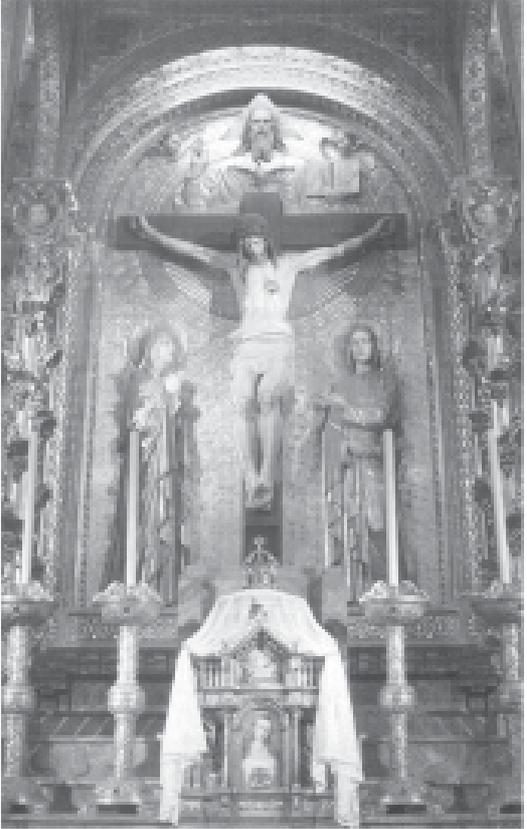
Próximo congreso internacional sobre el Sagrado Corazón, «Cor Iesu, Fons Vitae»

El próximo mes de junio se celebrará, Dios mediante, en Barcelona, un congreso internacional sobre el Sagrado Corazón, con motivo del cincuenta aniversario de la publicación de la encíclica «Haurietis aquas», de Pío XII. Los organizadores del congreso son el Apostolado de la Oración, el Institut de Teologia Espiritual de Barcelona, la Fundació Balmesiana y Schola Cordis Iesu; y sus patrocinadores, la Universitat Abat Oliba Ceu y la Fundació Ramon Orlandis.

CRISTIANDAD, impulsada por su lema «Al Reino de Cristo por los corazones de Jesús y de María», se siente llamada a contribuir a la difusión de este evento, que de seguro contribuirá al incremento de la devoción al Sagrado Corazón. La Revista tiene el propósito de dedicar el número del mes de mayo a exponer los rasgos fundamentales de esta devoción, tal como la han difundido y practicado sus grandes apóstoles. Y, por supuesto, transcurrido el Congreso, esperamos dar cumplida noticia del mismo. Ahora, ofrecemos el programa previsto:

Congreso Internacional - International Congress - Congresso Internazionale

 **Cor Iesu, Fons Vitae**



Il castato hallo del Redentore è la sorgente alla quale dobbiamo attingere per raggiungere la vera conoscenza di Gesù Cristo e soprattutto allo a farlo il suo amore. (Benedetto XVI)

BARCELONA, 1-3/06/2007

organizzatori - organizers - organizzatori
APOSTOLADO DE LA ORACIÓN
INSTITUT DE TEOLOGIA
ESPIRITUAL DE BARCELONA
FUNDACIÓN BALMESIANA
SCHOLA CORDIS IESU

patrocinadores - sponsors - patrocinatori
UNIVERSITAT ABAT OLIBA CEU
FUNDACIÓN RAMÓN ORLANDIS

www.balmesiana.org/corlesu
congreso@balmesiana.org

PROGRAMA DEL CONGRESO

Viernes, 1 de junio

Seminario Conciliar de Barcelona

10.00 Acreditaciones
16.00 Inauguración

Dr. Pere Montagut, pbro., director del Institut de Teologia Espiritual (Barcelona)

P. Pedro Suñer, SJ, director diocesano del A.O. y de la Fundació Balmesiana (Barcelona)

16.30 Ponencia

Mons. Brunero Gherardini, Canónigo de San Pedro del

Vaticano y Postulador de la causa de canonización del beato Pío IX

Pío IX ed il Sacro Cuore di Gesù

17.15 Mesa redonda

A los cincuenta años de la Haurietis aquas

Preside:

Mons. Joan Enric Vives, obispo de Urgell y copríncipe de Andorra

Intervienen:

Dr. Luis Díez-Merino, Catedrático de hebreo de la Universidad de Barcelona

Revelación Bíblica y el Corazón de Jesús en la encíclica Haurietis aquas

Dr. Jaume González Padrós, Profesor de la Facultad de Teología de Catalunya (Barcelona)

La celebración litúrgica del Corazón de Jesús

Dr. Joan Antoni Mateo, Profesor del Instituto de Teología Espiritual (Barcelona)

De Haurietis aquas a Deus caritas est: un magisterio armónico

18.30 Descanso

19.00 Ponencia

Card. Albert Vanhoye, SJ, Rector emérito del Pontificio Instituto Bíblico (Roma)

Le Coeur sacerdotal du Christ

20.00 Celebración eucarística

Mons. Lluís Martínez Sistach, arzobispo metropolitano de Barcelona

Sábado, 2 de junio

Fundación Balmesiana

09.00 Celebración y adoración eucarística

Predicación:

P. Ernesto Postigo, SJ, Postulador de la causa de beatificación del venerable Bernardo Hoyos SJ

El venerable Bernardo de Hoyos

10.00 Ponencia

Dr. Ignacio Andereggen, pbro., Profesor de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana y Pontificia Universidad Católica Argentina

El Corazón del Verbo Encarnado

11.00 Descanso

11.30 Mesa redonda

Corazón de Jesús, fuente de amor y misericordia

Preside:

Cardenal Ricard M^a Carles, arzobispo emérito de Barcelona

Intervienen:

P. Edouard Marot, Rector de los Santuarios del Sagrado Corazón (Paray-le-Monial)

Cœur de Jésus, source d'amour et miséricorde à sainte Marguerite Marie d'Alcoque

Mons. Bernard Lagoutte, Rector del Santuario de Santa Teresa del Niño Jesús (Lisieux)

Cœur de Jésus, source d'amour et miséricorde à sainte Thérèse de Lisieux

Dr. Marcin Kazmierczak, Vicerrector de la Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona)

Corazón de Jesús, fuente de vida y misericordia en santa Faustina Kowalska

13.00 Ponencia

P. Edouard Glotin, SJ, teólogo

Le Cœur de Jésus et la vie sacramentelle

14.00 Comida

16.00 Comunicaciones

Sección Histórica

Sección Teológica

Sección Espiritualidad

17.30 Ponencia

Dr. José Antonio Sayés, pbro., Profesor de Teología de la Facultad de Teología del Norte de España (Burgos)

El padecimiento del Corazón de Jesús y el sentido de la reparación consoladora

18.30 Descanso

19.00 Ponencia

P. Juan Antonio Martínez Camino, SJ, Secretario general y portavoz de la Conferencia Episcopal Española, Deus caritas est, **una encíclica del Corazón de Jesús**

20.00 Vísperas y Bendición eucarística

Monasterio de la Visitación

22.00 Vigilia para jóvenes

D. Francisco Cerro, Director del Centro Diocesano de Espiritualidad y Formación Teológico-Pastoral del Corazón de Jesús (Valladolid)

23.00 **¿No ardía nuestro corazón por el camino?**

Domingo, 3 de junio

Santísima Trinidad

Templo Expiatorio del Tibidabo

10.00 Mesa redonda

Corazón de Jesús, fuente de la nueva evangelización

Preside:

Mons. Demetrio Fernández, obispo de Tarazona

Intervienen:

D. José M^a Alsina, Rector del Centro de formación sacerdotal Sagrado Corazón (Toledo) y Consiliario Nacional de Jóvenes por el Reino de Cristo

La fecundidad evangelizadora del Apostolado de la Oración

Dr. Jordi Girau, Viceconsiliario nacional de Cursillos de Cristiandad, profesor de Filosofía de la Facultad de Teología de San Dámaso (Madrid)

El Corazón de Jesús y los nuevos movimientos eclesiales

Sra. Alicia Beauvisage, Organizadora de la peregrinación de las reliquias de santa Margarita M^a

La fecundidad evangelizadora de las reliquias de Sta Margarita M^a

11.30 Ponencia

Cardenal Alfonso M^a López Trujillo, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia

Corazón de Jesús, fuente de vida para la familia

12.30 Clausura

Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España

13.00 Celebración eucarística

Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España

Consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús

Cardenal Alfonso M^a López Trujillo, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia

Inscripciones

Tarifa completa: 30 €

Tarifa reducida: 12 €

Comunicaciones

Resumen: 20 de abril

Definitivo: 27 de mayo

Secretaría

Duran i Bas, 9

08002 Barcelona (España)

Tel. +34 933 026 840

Fax +34 933 170 498

Jesús en el Huerto de los Olivos

RAMÓN GELPI
www.christusregnat.com

1 Dicho esto, fue Jesús con sus discípulos [(Lc 22) 39 según costumbre hacia el Monte de los Olivos], al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, [(Mt 26) 36 una finca llamada Getsemaní] en el cual entró Él con sus discípulos [(Mt 26) 36 y les dijo: Sentaos aquí mientras voy más allá y hago oración.]

2 Judas, que le entregaba, conocía aquel sitio, que era frecuentado por Jesús con sus discípulos. (Jn 18,1-2)

37 Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos

de Zebedeo [(Lc 22) 41 a la distancia como un tiro de piedra], empezó a entristecerse [(Mc 14) 33 a atemorizarse] y a angustiarse.

38 Y les dijo entonces: mi alma está triste hasta la muerte; permaneced aquí y velad conmigo.

39 Y avanzando unos pasos, se postró rostro en tierra, orando [(Mc 14) 35 que si fuera posible se alejara de Él esta hora], y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz. Pero no se haga como Yo quiero sino como quieres Tú. (Mt 26,37- 39)



Llegan al Huerto de Getsemaní. Esta era una finca situada en la parte más baja del Monte de los Olivos, muy cerca del torrente Cedrón. Como dice el evangelio era utilizado frecuentemente por Jesús para retirarse con sus discípulos; por esto dice san Juan que: «... Judas, que le entregaba, conocía aquel sitio ...» y por esto fue allí a buscarlo. En el Monte de los Olivos hay una gruta, la llamada del Pater Noster, también frecuentada por Jesús cuando pernoctaba en Jerusalén. Getsemaní era también un lugar habitual y, de hecho, también allí se venera una cueva llamada «del prendimiento» a muy poca distancia de los olivos del Huerto.

Jesús deja a sus Apóstoles en un lugar y se adelanta «como un tiro de piedra» con Pedro, Santiago y Juan; Él se avanza un poco más y se pone en oración. La llamada Gruta del Prendimiento, que ciertamente se encuentra como a un tiro de piedra del lugar, pudo ser perfectamente el sitio en el que se

encontraban todos durmiendo, mientras Pedro y los hijos de Zebedeo acompañaron de cerca a Jesús hasta que el sueño les venció.

En Getsemaní hay una iglesia de construcción moderna, denominada «de las naciones» porque se edificó con donativos internacionales. En ella se venera una roca, de las muchas que afloran en la superficie del lugar, como aquella que recibió el sudor de sangre de Jesús en oración. Se encuentra junto a un jardín que cuidan los franciscanos, que contiene varios olivos milenarios. No son contemporáneos de Jesucristo, no es probable que tengan más de mil quinientos años, pero la veneración de los peregrinos los mira con la misma devoción que si lo fueran. La roca puede haber sido otra, de las que se ven en el exterior, y los olivos no son los mismos, pero el lugar es el mismo con absoluta seguridad y los hechos narrados por el Evangelio ocurrieron allí.

El relato evangélico de la Oración del Huerto es uno de los puntos de meditación más consoladores que ofrece la vida de Jesús. El sufrimiento de Jesús es incluso misterioso, porque a decir de algún santo doctor (especialmente el padre Enrique Ramière), en el huerto sufrió en su naturaleza divina al llegar a asumir nuestro pecado, ofreciéndose como víctima propiciatoria. Por voluntad divina, el Hijo se sintió rechazado por el Padre, a pesar de que como Dios no podía sufrir.

También sufrió humanamente, ante los terribles padecimientos que le esperaban y que conocía hasta el menor detalle. Tanto sufrió, que llegó a sudar sangre según testimonio de san Lucas. Recordemos que

a decir de san Pablo, de quien fue colaborador, san Lucas era médico (Col 10,11-14).

Dicen los expertos que el sudor de sangre, aunque es muy excepcional, puede darse en casos de angustia muy extrema. Por esto no se duda en calificar de «agonía» al sufrimiento de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Gran consuelo para los que en este mundo padecen angustias y ansiedades: «... venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré ...» (Mt 11,28).

Finalmente es bueno considerar hasta qué punto llegó el sufrimiento humano de Jesús, que incluso le faltó, cuando más lo necesitaba, el apoyo moral de sus tres discípulos escogidos. Por dos veces «... los encontró dormidos, porque sus ojos estaban cargados...», los pobres apóstoles tienen sueño y no pueden darle su compañía en tan terrible momento. Esta contemplación del abandono de Jesús en Getsemaní es tema de meditación recomendado para las vigili-lias Eucarísticas, especialmente las propias del Sagrado Corazón de Jesús.

Estaba Jesús en oración cuando se oye el rumor de los que vienen a apresarlo, guiados por Judas. «... Levantaos, vamos ...». Estas palabras las dirige Jesús a todos los apóstoles, a los que había dejado al principio, sin duda en la «Gruta del Prendimiento». La narración se complementa entre los cuatro evangelistas, aunque sólo san Juan describe el «impacto» del «Yo Soy» de Jesús que los derriba («Yo Soy» es el nombre de Dios en el Éxodo). El escalofriante beso traidor de Judas es narrado por todos, y luego viene una pequeña y desigual lucha, en la que, en un primer momento los apóstoles defienden a Jesús. Los cuatro evangelistas narran también la acometida de san Pedro, cortando la oreja a un criado del pontífice. Este detalle merece un pequeño comentario:

Que no es sólo san Pedro el que acomete, se desprende perfectamente del texto de san Lucas: «... viendo los que estaban con Jesús lo que iba a suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? ...» (Lc 22,49). Recordemos que, según el propio san Lucas, no sólo san Pedro iba armado: «... ellos le dijeron: Señor, he ahí dos espadas. A esto les respondió: es suficiente ...» (Lc 22,38). Dice el comentarista dominico Lagrange, que los galileos eran gente brava, que no solía salir de viaje sin espada.

¿Por qué pues, los apóstoles acabaron huyendo? La explicación más verosímil se encuentra al contemplar la actitud de Jesús, que se entrega a sus verdugos. Jesús no reprende propiamente a Pedro porque le defienda; en la época no había este «pa-

cifismo» derrotista de hoy, Jesús le da una lección para que acepte la voluntad de Dios. Le dice lo que se ha convertido en el famoso refrán de «quien a hierro mata ...», pero añade: «... el cáliz que me dio mi Padre, ¿no lo beberé? ¿Piensas que no puedo rogar a mi Padre y me enviará más de doce legiones de ángeles? Mas, ¿cómo se cumplirán las Escrituras según conviene que suceda? ...». Jesús por tanto se entrega voluntariamente. Esto desconcierta a los apóstoles, y les entra miedo. Tanto, que tal como había predicho Jesús, huyen y le dejan solo. Ellos, sin duda no son cobardes ante la lucha, pero no se ven capaces de aceptar la Pasión, como su Maestro.

Un detalle, al final, narrado únicamente por san Marcos: «... un mancebo le iba siguiendo envuelto con una sábana sobre su cuerpo, y le cogieron, mas él, soltando la sábana, desnudo, huyó de ellos ...». Muchos piensan, aunque es controvertido, que se trataba del propio san Marcos. Los que lo niegan, afirman que san Marcos, que colaboró con san Pedro en la predicación, no estaba entre los discípulos de Jesús; pero si nos damos cuenta de que se trataba de un joven, que les había seguido, no es imposible que esta fuera precisamente la primera vez que se acercaba a Jesús. Esto tendría mucha verosimilitud si, como creen algunos, los padres del evangelista san Marcos eran los propietarios de la casa donde estaba el Cenáculo. Ciertamente pudo haber seguido a Jesús después de la Santa Cena. ¿Cómo no iba a conmocionar el alma del joven la tremenda escena del prendimiento? Sin duda, el joven, conmocionado aún más por la Pasión que nuestro Señor sufrió a continuación, habría de formar parte de aquella naciente Iglesia.



El Corazón de María en la Pasión de Cristo y en la de los mártires

Testimonio del cartujo Juan Gerecht Landsberg († 1539)

GUILLERMO PONS PONS

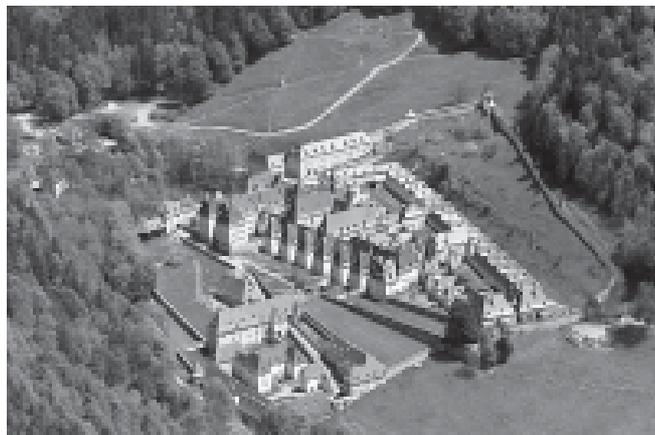
DESDE los primeros siglos de la vida de la Iglesia, el espíritu cristiano se ha sentido impresionado por el dolor de María en la Pasión de Cristo. ¿Quién no romperá en llanto al contemplar a la Madre de Cristo sumida en tan acerbo dolor? exclama el inspirado autor de la *secuencia* propia de la fiesta de los Dolores de María: *Quis est homo qui non fleret / Matrem Christi si videret / in tanto supplicio?* Y en la misma trova litúrgica se implora la protección de María a fin de que el cristiano alcance la palma de la victoria cuando le llegue la hora de salir de este mundo: *Criste, cum sit hinc exire, / da per Matrem me venire / ad palmam victoriae.*

No cabe duda de que en el sufrimiento de los mártires y en su glorioso triunfo la Virgen se halla muy presente con su protección maternal, y que los testigos de la fe que han padecido persecución o han entregado su vida en el martirio, se han sentido amparados y confortados por la Madre del Señor. Muchos testimonios pueden aducirse acerca de ello, si se cuenta con informaciones verídicas, y así consta en multitud de casos de martirio de nuestra época, en la cual, según puso muy de relieve Juan Pablo II, «la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires».¹

Me propongo ahora comentar una reflexión sobre el Corazón de María, hecha por un cartujo alemán del siglo XVI en la que los dolores de María en la Pasión de Cristo se consideran también en relación con la pasión de los mártires. Para poder valorar bien ese testimonio del cartujo Juan Gercht Landsberg resulta oportuno analizar las circunstancias ambientales en las que se movió este monje escritor y que caracterizaron el influjo y la labor de espiritualidad que en aquella época ejercía la Cartuja de Colonia.

Violencia contra las órdenes religiosas

DURANTE la aguda crisis espiritual y social que se originó con la ruptura de la unidad católica en el centro y norte de Europa a causa de la Reforma protestante, los monasterios y órdenes



La Grande Chartreuse

religiosas experimentaron grandes quiebras y padecieron enormes infortunios. Hubo ciertamente numerosas claudicaciones de personas consagradas, pero no faltaron en las instituciones de vida religiosa frecuentes y heroicas actitudes de fidelidad e incluso de auténtico martirio. Muchos monasterios desaparecieron sólo al morir los últimos religiosos, habiéndoseles prohibido recibir novicios; otros lograron mantenerse y fueron causa de que los territorios de su entorno permanecieran católicos.

Aunque de muchas insidias contra los monasterios no haya quedado memoria histórica perdurable, cabría reseñar bastantes casos en que soportaron dramáticas presiones y dieron ejemplo de una fidelidad conmovedora. Así ocurrió hacia 1556 con las monjas cistercienses de Dobbertin y con las clarisas de Nüremberg. Hubo frailes que, después de sufrir flagrantes acosos, para evitar mayores males cedieron sus conventos a los municipios, pero ellos permanecieron fieles a la fe católica.²

En las cartujas se dieron ejemplos de íntegra y heroica fidelidad católica. En María Saal de Memmingen se produjeron asaltos y expolios; usando incluso de las armas se prohibió celebrar misa y se obligó a los religiosos a escuchar prédicas luteranas.

1. *Tertio millennio adveniente*, 37.

2. Cf. JOSEPH LORTZ, *Historia de la Reforma*, I, Taurus, Madrid 1963, pp. 391-395.

nas; pero los cartujos se mantuvieron fieles. En Inglaterra fue donde esta orden sufrió mayores agresiones e incluso numerosos casos de martirio cuando todos los cartujos se negaron a aceptar el «acta de supremacía» en que el rey se declaraba como la máxima autoridad de la Iglesia en su nación. Entre los carmelitas, los dominicos y los franciscanos florecieron también numerosos ejemplos de heroica fidelidad a la fe y a los votos religiosos.³

La cartuja de Colonia

ESTA famosa ciudad arzobispal, la antigua *Colonia Agrippina*, estuvo en peligro de abrazar el protestantismo cuando en 1542 el arzobispo Hermann von Wied intentó introducirlo en su diócesis. Mas a ello se opusieron decididamente el cabildo catedralicio y otras instituciones, entre las cuales se distinguía la cartuja de Santa Bárbara por el esmerado cultivo y la copiosa difusión de la vida espiritual que desde tiempo atrás promovía entre el pueblo cristiano, siguiendo fielmente la tradición católica. En abril de 1546 Paulo III excomulgaba y deponía al arzobispo, y a esa medida disciplinaria se unía la labor apostólica de los jesuitas que la Cartuja impulsó y favoreció de un modo muy efectivo. Así se evitó el peligro de caer en la herejía, y Colonia fue un elemento importante para la estabilidad del catolicismo en la región.

La cartuja de Colonia era un centro de dinamismo espiritual, conectado con la «devoción moderna» de los Países Bajos, pero que supo unir la piedad fervorosa y popular con el humanismo ilustrado de signo cristiano. Los cartujos del monasterio de Santa Bárbara no eran una comunidad de selectos, aislada y retraída, sino que estaban en contacto con numerosos grupos piadosos y con instituciones marcadas por una sólida formación católica. Gracias a esa labor y a tales conexiones, estos religiosos de vida contemplativa pudieron ser un elemento dinamizador y de gran influencia para el mantenimiento de la fe y la piedad en la región del bajo Rin y en otras zonas de Alemania que permanecieron fieles a la Iglesia católica.

En esos años de la tercera y cuarta década del siglo XVI, en que se estaba afianzando el catolicismo alemán, el prior de esa Cartuja pudo decir que tanto en la ciudad como en el campo había «gran cantidad de personas piadosas de ambos sexos» y que se daban numerosos casos de una

vida cristiana que podía calificarse de «santidad destacada».⁴

La colaboración de los cartujos de Colonia con la labor de los jesuitas en pro de la reforma católica resultó ejemplar y muy eficaz. Incluso podemos decir que el inicio de la presencia de la Compañía de Jesús en esa ciudad fue debida a los cartujos, puesto que su más destacada figura, san Pedro Canisio, siendo estudiante o profesor de la Universidad ingresó en la orden de los jesuitas desde el círculo de personas adictas a la espiritualidad de la Cartuja.

El cartujo Juan Gerecht Landsberg

ESTE distinguido monje cartujo, al cual muchas veces se designa con su nombre latinizado Joannes Justus Lanspergius, nació en Landsberg hacia el año 1489 y, siendo estudiante en la universidad de Colonia conoció la espiritualidad de los cartujos de Santa Bárbara y entró en la orden en 1509. Fue prior de la cartuja de Cantave y después regresó a la de Colonia.

Escribió diversas obras y sermones, tanto en latín como en alemán, en que trata de asuntos espirituales, litúrgicos y morales, escritos en los que no faltan orientaciones y condenas respecto de las enseñanzas del protestantismo, cuando éste empezó a difundirse en los países germánicos. Se muestra heredero de la rica y sabrosa tradición cartujana del centro de Europa. Destaca por la claridad de sus planteamientos y por la enjundia de su espiritualidad.

Entre sus diversas obras destacan algunas cuyo título ya de por sí resulta significativo, como *Pharetra divini amoris*, *Speculum christianae perfectionis*, *Enchiridion christianae militiae* y otras. Su estilo se caracteriza por la abundancia de frases lapidarias, incisivas y bien aplicadas. Sabe enlazar debidamente los valores del escolasticismo espiritual, de la doctrina agustiniana y de la piedad monástica.⁵

La tradición cristocéntrica del Císter y del franciscanismo está también arraigada en el alma de Gerecht Landsberg y se pone de manifiesto en su predicación y en sus tratados. Siente también con ansiedad el estado de decadencia que se manifiesta en muchos sectores de la cristiandad, y se duele profundamente de los errores y de la división que se han suscitado con la aparición del protestantismo. La muerte le llega en 1539, cuando aún cabía espe-

3. Cf. HARTMANN GRISAR, *Martín Lutero*, Madrid 1934, pp. 242-243.

4. JOSEPH LORTZ, op. cit. II, pp. 123-124.

5. Cf. J. M^a. MOLINER, *Historia de la espiritualidad*, Burgos, El Monte Carmelo, 1971, p. 298.

rar nuevos frutos en su ya fecunda labor de magisterio teológico y espiritual.

Doctrina mariana

EL acreditado cartujo de Colonia, excelente maestro de espiritualidad, expone su pensamiento acerca de María, sobre todo en sus sermones, con precisión teológica y fidelidad a la tradición patristica y medieval. La Madre del Señor es admirada por su excelsa dignidad y también considerada como ejemplo de fidelidad y de virtud, y en consecuencia, propuesta como maestra, guía y modelo de las personas de vida consagrada, y muy especialmente de las vírgenes.

Pero María es también mirada como prez y honra de la mujer, a causa de la elección divina que la sitúa por encima de todas las personas humanas. En un sermón de la fiesta de santa Inés, después de recomendar, en efecto, a las vírgenes la imitación de la Virgen madre de Cristo, añade: «Consideren, además, qué gran honra ha reservado Dios al género femenino, en comparación con el de los varones, cuando se ha dignado nacer verdaderamente de una mujer. Una tal categoría no ha sido otorgada al varón, a fin de que ninguno de ellos pudiera arrogarse el título de verdadero padre de Dios; y por eso Cristo no ha sido engendrado de simiente de varón. En cambio ha sido concedido y reservado a la Virgen el ser y llamarse verdaderamente Madre de Dios, de modo que esto redundase en honra y gloria de todo el género femenino». ⁶ Es ésta una consideración que resulta de especial interés, teniendo en cuenta la época en que fue escrita.

En un sermón acerca de la Visitación de Nuestra Señora, nuestro cartujo presenta un copioso elenco de mujeres ilustres del Antiguo Testamento, estableciendo un parangón entre ellas y María, a la vez que pone de relieve la semejanza y la superioridad de la Madre de Cristo respecto de ellas. Hace notar, en efecto, que entre dichas mujeres las hay pertenecientes a todos los estados de vida, o sea, al de virgen, al de esposa y al de madre, los mismos que tuvo María, pero manteniendo ella siempre la virginidad y una íntegra y total consagración a Dios: «María ha reunido en sí todo lo que resplandece en cada una de ellas. Y, en consecuencia, mientras aquellas son alabadas como figuras suyas, Ella las supera con la distancia que hay entre la figura y la realidad». ⁷

Rechazando la doctrina y la actitud de los protes-

tales respecto de la veneración a María, dice el cartujo que es «un deber suave y gozoso honrar a una Virgen tan bienaventurada, aun cuando ello cause disgusto a los impíos herejes, los cuales piensan que el honor que se rinde a la Madre pueda defraudar al Hijo. Mas nosotros, oh carísimos, perseveremos con todas nuestras fuerzas en las alabanzas a la Madre de Dios, el cual ha amado tanto a esta Virgen santísima, que ha obrado de tal modo que ninguna otra criatura pueda en manera alguna compararse con ella». ⁸

En cuanto a la veneración y alabanza del nombre de María, hallamos en la predicación de Juan Gerecht Landsberg este hermoso texto: «Dulcísimo es el nombre de esta Virgen, más dulce que cualquier especie de miel, y nadie es capaz de explicar su dignidad. El nombre de María infunde alegría en los justos; da fuerza a los pusilánimes, consuelo a los afligidos, alivio a los abatidos, remedio a los menesterosos, vigor a los débiles; aterroriza y pone en fuga a los demonios; ahuyenta los vicios y las tentaciones diabólicas; en fin, cura todas las enfermedades del alma y del cuerpo». ⁹

El corazón de María, la Reina de los mártires

LA violencia provocada por la división religiosa de Europa en el siglo XVI suscitó persecuciones y martirios. El heroico comportamiento de los testigos de la fe católica produjo fervor y admiración en los espíritus fieles y generosos. Cuando en Inglaterra un grupo de cartujos era conducido a la muerte, Tomás Moro, que poco después también sería mártir, dijo a su hija: «Mira, Margarita, qué contentos van al martirio estos santos. Al verlos tan felices se creería que son novios que van a casarse».

María desde antiguo es invocada como Reina de los mártires. Ya en el siglo IX el abad Pascasio Radberto dijo de ella: «Ha sido más que mártir, porque ha padecido en su alma, y ciertamente su amor ha sido mucho más fuerte que su misma muerte, ya que la Virgen ha hecho suya la muerte de Cristo». ¹⁰ Es evidente que en el corazón maternal de la Virgen la muerte de los mártires se halla íntimamente vinculada con el sacrificio de Cristo en la cruz. María, de un modo en verdad misterioso, continúa siendo todavía la madre Dolorosa, y en el transcurso de la historia acompaña a los mártires en su padecer por el nombre de Cristo, así como a todos los que sufren. El que

8. Ibid., p. 164.

9. «Sermón de la solemnidad de la Anunciación», Ibid., p. 164.

10. *Homilía de la Asunción*, «Cogitis me», 14: *Testi mariani del primo millennio*, 3, Roma 1990, p. 809.

6. *Testi mariani del secondo millennio*, 5, Città Nuova, Roma 2003, p. 163.

7. Ibid., p. 165.

en diversas mariofanías Nuestra Señora haya aparecido llorosa, pone de relieve este misterio. En la bienaventuranza, ciertamente, la visión de Dios impide el sufrimiento; pero quienes ya gozan de la gloria eterna, mientras exista nuestro mundo terrenal no estarán desvinculados de la humanidad doliente.

¿No resulta como un elocuente signo de la unión de María con los católicos perseguidos e incluso martirizados, la destrucción de las imágenes de la Virgen y de los santos, de que nos hablan algunos cronistas? Uno de éstos, Charles Garside, en un escalofriante relato dice: «Quitaban las estatuas de sus nichos o de sus pedestales y las sacaban fuera. Los albañiles destrozaban las que eran de piedra o escayola, y las de madera se quemaban. Quitaban las pinturas de los altares y las quemaban fuera. Las pinturas murales o relieves se picaban o se raspaban. Despojaban los altares de todas las imágenes y vasos; derretían las lámparas votivas y quitaban todos los crucifijos».¹¹

Estos luctuosos acontecimientos debieron influir en nuestro escritor cartujo de Colonia. Él contempla a María durante la Pasión de Cristo, manteniendo la fe y viniendo a ser la personificación de la Iglesia por su fidelidad inquebrantable: «Mientras Cristo estaba muriendo y simultáneamente estaba oscureciéndose la luz de la fe en el alma de muchos, Ella sola durante aquellos tres días perseveró en una fe incólume, de tal manera que en aquellas circunstancias fue la única que personificó a la Iglesia».¹²

Respondiendo a la posible objeción de que algunas madres hayan podido sufrir más que María, si varios de sus hijos han sufrido el martirio, responde el predicador diciendo que la intensidad del dolor, en el caso de la Virgen, provenía de la excelencia de la persona de su Hijo. Enseguida, sin embargo, añade que el corazón de María ha experimentado también un gran dolor por los sufrimientos de otros muchos hijos que le han sido confiados.

He aquí cómo expresa y desarrolla esta consideración el sabio y espiritual maestro cartujano: «Sin embargo, no cabe dudar de que, así como Cristo no ha sufrido solamente la tortura de su propio dolor, sino también la que afectaba a cada uno de sus miembros espirituales, o sea, aquellos que por su amor habrían de soportar también padecimientos, así la espada de dolor ha traspasado el corazón de María, a causa ya sea de su Primogénito, ya de todos sus hijos adoptivos, o sea de todos los mártires».¹³

Realeza y maternidad de María en referencia a los mártires

Las persecuciones, antiguas o recientes, contra el cristianismo y las tristes consecuencias de enfrentamientos entre cristianos son un gran reto para la Iglesia en las perspectivas del camino que ha de seguir en el tercer milenio que comienza. A la Madre del Señor se refería Juan Pablo II, al finalizar el gran Jubileo del año 2000, diciendo: «La indico aún como aurora luminosa y guía segura de nuestro camino. “Mujer, he aquí tus hijos”, le repito, evocando la voz misma de Jesús (cf Jn 19, 26), y haciéndome voz, ante ella, del cariño filial de toda la Iglesia».¹⁴

El mismo Pontífice dijo también que «el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes».¹⁵ Por este camino de fidelidad se podrá poner fin a la división de los cristianos y se cancelarán los vetustos enfrentamientos, aunque sin renunciar a las verdades de fe y sin omitir la confesión de las propias culpas ni el recuerdo luminoso del testimonio de los mártires.

En ese camino hemos de contar con la guía y protección de María. Resulta significativo, a ese respecto, que el cartujano Juan Gerecht Landsberg se refiriera a la Virgen como presidiendo a la Iglesia al comienzo de su manifestación en Jerusalén: «Admírese más [que a Débora] a María que, después de la ascensión de Cristo ha asumido la presidencia de la naciente Iglesia y ha instruido en la ley del Evangelio».¹⁶

María, como madre y como reina de los mártires, mediante el desempeño de su misión de intercesora, ha sostenido la firmeza de quienes han padecido y han muerto por Cristo. La realeza de María deriva de la de su Hijo, rey del universo. Innumerables son los mártires del siglo xx que han muerto aclamando a Cristo como rey y que han confiado en el corazón de María. Unos claretianos inmolados en Barbastro en 1936 dejaron escrito: «Mañana iremos [a la muerte] los restantes y ya tenemos la consigna de aclamar, aunque suenen los disparos, al Corazón de nuestra Madre, a Cristo Rey, a la Iglesia católica...».¹⁷

11. Citado por JAROSLAV PELIKAN, *María a través de los siglos*, Madrid, PPC, 1997, p. 156.

12. «Sermón de la Visitación», *Testi mariani del secondo millennio*, 5, p. 170.

13. Consideración sobre «María al pie de la cruz», en el mismo sermón de la Visitación: *Ibid.*, p. 170.

14. *Novo millennio ineunte*, 58.

15. *Tertio millennio adveniente*, 37.

16. «Sermón de la Visitación», *Testi mariani del primo millennio*, 5, pp.170-171.

17. V. CÁRCEL ORTÍ, *Mártires españoles del siglo xx*, Madrid, BAC, 1995, p. 347.



Pequeñas lecciones de historia

Historias de Montserrat (IV): el ejército de Napoleón destruye el monasterio

GERARDO MANRESA

DESPUÉS de presidir el monasterio y de recibir a millones de peregrinos durante más de setecientos años, el ejército de Napoleón, fruto de la Revolución francesa, fue la primera institución que hizo bajar de su sitial la santa imagen de la Virgen de Montserrat.

Poco después de la invasión de las tropas francesas en España, en el año 1808, un destacamento de dicho ejército subió hasta el monasterio. Avisados los monjes, pudieron refugiarse en la montaña, junto con los niños de la Escolanía. Sólo quedaron en el monasterio los monjes ancianos y enfermos que por su situación no podían hacer otra cosa. La visita de las tropas francesas, que duró sólo una noche, fue para inspeccionar y ver la situación. Algunos monjes, escondidos en la ermita de san Dimas, desde donde se puede observar la plaza del monasterio, vieron que los soldados encendían unas hogueras para calentarse y, aunque de lejos, les pareció ver que algunos de ellos hacían una procesión. A la mañana siguiente dejaron la montaña y los monjes y la Escolanía volvieron a sus labores habituales.

De resultas de esta visita, se le ocurrió al barón de Eroles, miembro de la Junta de Defensa en Cataluña, fortificar Montserrat. La opinión general de los que conocían la montaña era contraria a la fortificación, pues decían que era muy difícil de defender, ya que al tener únicamente una salida, al sitiador le bastaba esperar para rendir al sitiado. De todas formas, se fortificó el monasterio.

El 23 de julio de 1810 se anunció a los monjes que el ejército francés al mando del general Souchet estaba subiendo a la montaña; siendo fortaleza, el barón de Eroles se puso a defenderla. El ermitaño de san Dimas, sin informar a nadie, tomó la santa imagen y la escondió en su ermita, en el hueco de la escalera y tapiada, según relató años más tarde el mismo ermitaño. Tal como decían los conocedores de la montaña, el ejército francés apenas tardó dos días en conquistar el monasterio. El barón de Eroles y los soldados de su batallón huyeron por el sendero de la ermita de Santa María, a pie, dejando todo el material de guerra.

El ejército francés, en esta segunda visita a Montserrat, se dedicó a expoliar y destruir. Dos viejos monjes contaban que durante el saqueo del monasterio y de las ermitas de la montaña, dos soldados buscando la santa Imagen la encontraron en la ermita de san Dimas. Tras la expoliación de las joyas y los vestidos,¹ concibieron el propósito sacrílego de colgarla de una encina próxima a la ermita. Cuando se pusieron a ejecutarlo uno de ellos cayó muerto de repente y el segundo huyó asustado, dejándolo todo. Éste, meses más tar-

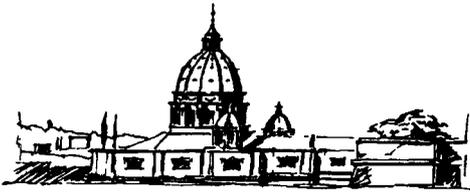
de, en Tarragona, confesó su crimen y el confesor le permitió que hiciera confesión pública del hecho. El registro y saqueo de toda la montaña de Montserrat por el ejército de Napoleón duró dos meses y no se salvaron ni los sepulcros. Pero no acabó aquí la obra de los hijos de la Revolución sino que acumulando materiales combustibles dentro de los diferentes recintos, monasterio, basílica y todas las demás dependencias, la noche anterior al abandono de la montaña, del 10 al 11 de octubre, lo incendiaron todo. Todos los pueblos vecinos contemplaron el inaudito espectáculo sobrecogidos de espanto y tristeza.

Pero no fue éste el crimen más execrable cometido por el ejército de la Revolución, sino el asesinato de los monjes y ermitaños viejos y enfermos que no habían podido huir a la llegada de los franceses. Fueron los primeros monjes mártires de Montserrat.

El día siguiente, 12 de octubre, la Virgen Bruna presidía de nuevo, en un sitial formado de maderas, en una basílica incendiada y devastada. Un año y medio más tarde, en el verano de 1812, se asentó en Montserrat el ejército inglés, tomándolo como punto estratégico por la gran visibilidad que tiene la montaña, pero el ejército francés, en su retirada, quiso destruir aquel enclave inglés y volvió a subir al monasterio destruido, que aún no había sido restaurado. El ejército de Napoleón derrotó fácilmente a los ingleses y tan sólo estuvo tres días en Montserrat, pero su estancia volvió a dejar un desagradable recuerdo a todos. Aunque todo ya había sido quemado y arrasado y sólo quedaban los edificios, quisieron esta vez acabar con ellos y la última noche cargaron todos los edificios con pólvora para su destrucción y justo antes de su marcha la hicieron explotar. Sólo quedaron los paramentos verticales de las edificaciones; el ejército de la Revolución había destruido Montserrat.

Pero, apenas pasados unos días de la explosión volvieron a aparecer los monjes, los ermitaños, los niños de la Escolanía y los peregrinos y con un amor admirable a la Virgen se dispusieron a reiniciar la reconstrucción del monasterio para que la Virgen Bruna volviera a tener una basílica donde el «*Laus perennis*» volviera a ser como lo había sido durante más de setecientos años. Más de diez años duró la reconstrucción del monasterio, pero en ningún momento faltó el culto al Señor y a su Madre.

1. Debe entenderse las joyas que la Virgen de Montserrat llevaba con la imagen. Todas las joyas del monasterio se habían entregado para sufragar los gastos de la guerra de la Independencia.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Publicada la exhortación «Sacramentum caritatis»

SACRAMENTO del amor» («Sacramentum caritatis») es el título del segundo documento más importante del pontificado de Benedicto XVI, después de su encíclica *Deus caritas est*.

La nueva exhortación, en la que recoge las conclusiones del sínodo de obispos del mundo celebrado en octubre de 2005 sobre la Eucaristía, fue presentada el pasado 13 de marzo en la Oficina de Prensa de la Santa Sede por el cardenal Angelo Scola, patriarca de Venecia, relator general del sínodo sobre la Eucaristía, y por el arzobispo Nikola Eterovic, secretario general del sínodo de los obispos.

En el sacramento de la presencia real de Jesús, explica la exhortación apostólica postsinodal, «se manifiesta el amor «más grande», aquél que impulsa a «dar la vida por los propios amigos»» y apremia a los fieles católicos de todo el mundo para que redescubran que «en el Sacramento del altar, el Señor va al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, acompañándole en su camino».

Al reunir las propuestas surgidas en el sínodo de la Eucaristía, en el que el Papa introdujo intervenciones libres, el texto comienza reafirmando «el influjo benéfico que ha tenido para la vida de la Iglesia la reforma litúrgica puesta en marcha a partir del Concilio ecuménico Vaticano II». «Los juicios positivos han sido muy numerosos –recuerda el pontífice–. Se han constatado también las dificultades y algunos abusos cometidos, pero que no oscurecen el valor y la validez de la renovación litúrgica, la cual tiene aún riquezas no descubiertas del todo». El documento presenta meditaciones sobre el misterio de la Eucaristía y las acompaña con indicaciones de carácter práctico que buscan renovar el amor y la veneración de los católicos por el sacramento.

Por otro lado, Benedicto XVI ha anunciado también en este documento la publicación de un compendio que recogerá «textos del Catecismo de la Iglesia Católica, oraciones y explicaciones de las plegarias eucarísticas del Misal, así como todo lo que pueda ser útil para la correcta comprensión, celebración y adoración del Sacramento del altar» con el fin de «ayudar al pueblo cristiano a creer, celebrar y vivir cada vez mejor el Misterio eucarístico».

Concluye la fase diocesana del proceso de beatificación de Juan Pablo II

EL 2 de abril, en el segundo aniversario de su fallecimiento, tuvo lugar la sesión de clausura de la investigación diocesana sobre la vida, virtudes y fama de santidad de Juan Pablo II.

Tras poco más de año y medio de investigación diocesana, el proceso de beatificación de Karol Wojtyła pasará a la «fase romana», que comenzará con la elaboración de la «positio», un dossier, que basándose en los documentos de la investigación diocesana, deberá comprobar lo mejor posible la heroicidad de vida y virtudes, así como la fama de santidad del siervo de Dios. La «positio» será preparada por un colaborador del postulador de la causa, monseñor Slawomir Oder, bajo la guía de un relator de la Congregación para las Causas de los Santos que recibirá también los documentos relativos a los milagros atribuidos a la intercesión de Karol Wojtyła.

Colecta a favor de Tierra Santa

COMO cada año, por mandato pontificio, el prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, cardenal Ignace Moussa I Daoud, se ha dirigido a todos los obispos católicos del mundo para sensibilizar a la comunidad eclesial sobre la tradicional colecta por la Tierra Santa, que en la mayoría de las diócesis se celebra el Viernes Santo.

«La Congregación para las Iglesias Orientales se siente siempre solidaria con los cristianos de Tierra Santa y de toda la región del Oriente Medio, donde la crisis política y económica no está todavía resuelta y donde se registran cada día sufrimientos inauditos. La Colecta, por lo tanto, recuerda a todos la absoluta y urgente necesidad de sostener a los hermanos y a las hermanas de aquella tierra de todos los modos posibles, y de manera particular invocando para ellos la paz que viene de lo Alto». La carta recuerda, además, que «es grave la responsabilidad que incumbe a toda la Iglesia universal con respecto a la Iglesia Madre de Jerusalén. Resulta por tanto un deber para todos los católicos del mundo el acompañar con la oración y la solidaridad, también económica, a las comunidades cristianas de aquella tierra bendita, que, entre mil dificultades, ofrecen cotidianamente y en silencio un auténtico testimonio del Evangelio».

La misiva anexa documentos que ilustran las obras realizadas con la Colecta 2006, ya sea por la Custodia franciscana o la citada Congregación vaticana. La Congregación para las Iglesias Orientales recibe las ofertas directamente de las nunciaturas apostólicas, y, según los porcentajes que les corresponden, concede los subsidios ordinarios y extraordinarios a las circunscripciones eclesíasticas, a las órdenes religiosas y a otras personas jurídicas eclesíasticas en Líbano, Siria, Irak, Jordania, Egipto y particularmente Israel y Palestina.

«Gesto ejemplar» de un médico italiano

EL diario de la Santa Sede, *L'Osservatore Romano*, ha ensalzado el «gesto ejemplar» de un médico italiano que ha presentado su dimisión como consejero del Colegio de Médicos para manifestar su oposición a la decisión de sus colegas de hacer la vista gorda ante la eutanasia.

El Colegio de Médicos decidió no emprender medidas disciplinarias contra el doctor Mario Riccio, el anestesista que el 20 de diciembre desconectó el respirador mecánico que permitía vivir a Piergiorgio Welby, un enfermo que había pedido que se acabara con su vida. El caso Welby, que tuvo amplia repercusión no sólo en Italia, desencadenó en este país el debate sobre la legalización de la eutanasia. En la carta con la que presenta su dimisión, el doctor Stefano Ojetti subraya la convicción de que todo acto eugenésico está abiertamente en contra del juramento de Hipócrates y con el código de deontología médica. «El gesto de Ojetti merece la más elevada consideración y tiene un valor ejemplar para quienes ejercen la profesión médica», considera «*L'Osservatore Romano*» en su edición diaria en italiano del 4 de marzo. «Al mismo tiempo, es un deber añadir una palabra de aliento para quienes, dentro de los órganos de decisión del Colegio de Médicos, siguen con su batalla en defensa de la vida, valor que hoy es sumamente atacado».

Congreso Internacional sobre el Corazón de Jesús

COMO ya informamos anteriormente, los próximos 1, 2 y 3 de junio tendrá lugar en Barcelona el Congreso Internacional sobre el Corazón de Jesús, bajo el lema «Cor Iesu, Fons Vitae».

Al aproximarse la fecha recordamos que todos aquellos que deseen participar en el Congreso mediante la presentación de una comunicación en alguna de las tres secciones del mismo (histórica, teológica o espiritualidad) tienen de plazo hasta el

20 de abril para presentar un resumen de la misma a la Secretaría General del Congreso. El texto definitivo se deberá enviar antes del 27 de mayo.

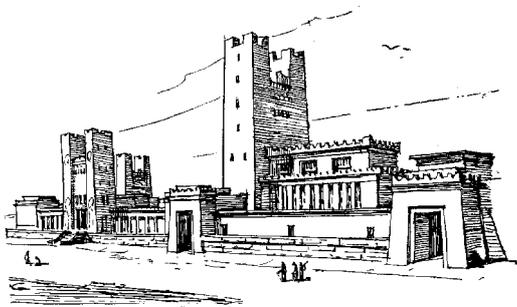
Para cualquier información sobre el Congreso se puede consultar la página web www.balmesiana.org

Notificación de la Congregación para la Doctrina de la Fe referente a algunas obras del padre Jon Sobrino

DESPUÉS de un primer examen de los volúmenes, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret (Jesucristo)* y *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas (La fe)*, del padre Jon Sobrino S.J., la Congregación para la Doctrina de la Fe, a causa de las imprecisiones y errores en ellos encontrados, en el mes de octubre de 2001, tomó la decisión de emprender un estudio ulterior y más profundo de dichas obras.

Como resultado de tal examen, en el mes de julio de 2004 se envió al autor, a través del padre Kolvenbach, prepósito general de la Compañía de Jesús, un elenco de proposiciones erróneas o peligrosas encontradas en los libros citados. En el mes de marzo de 2005 el padre Sobrino envió a la Congregación una *Respuesta al texto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, la cual fue examinada en la sesión ordinaria del 23 de noviembre de 2005. Se constató que, aunque en algunos puntos el autor había matizado parcialmente su pensamiento, la *Respuesta* no resultaba satisfactoria, ya que, en sustancia, permanecían los errores que habían dado lugar al envío de las proposiciones ya mencionadas.

Por este motivo, fiel a su misión de promover y tutelar la doctrina sobre la fe y las costumbres, sirviendo de este modo a la fe del pueblo de Dios y en particular a sus miembros más sencillos y pobres, la citada Congregación se ha visto en el deber de publicar una *Notificación* para poder ofrecer a los fieles un criterio de juicio seguro acerca de las afirmaciones de los libros citados o de otras publicaciones del autor. Se debe notar que, en algunas ocasiones, las proposiciones erróneas se sitúan en contextos en los que se encuentran otras expresiones que parecen contradecirlas, pero no por ello pueden justificarse. La Congregación llama la atención acerca de ciertas proposiciones que no están en conformidad con la doctrina de la Iglesia. Dichas proposiciones se refieren a: 1) los presupuestos metodológicos enunciados por el autor, en los que funda su reflexión teológica; 2) la divinidad de Jesucristo; 3) la encarnación del Hijo de Dios; 4) la relación entre Jesucristo y el Reino de Dios; 5) la autoconciencia de Jesucristo; y 6) el valor salvífico de su muerte.»



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Inglaterra: los católicos se convierten en la confesión más numerosa

LA Iglesia anglicana ha dejado de ser la más numerosa en Inglaterra, viéndose superada por la Iglesia católica según el estudio realizado por el Von Hugel Institute de Cambridge.

El estudio, al que el *Times* ha dado amplia cobertura, revela cómo, a pesar de que los anglicanos cuentan con un mucho mayor número de bautizados (25 millones contra 4,2), si se atiende al dato más significativo del número de practicantes, los



Catedral de Londres

católicos superan ampliamente el millón, mientras que los anglicanos ni se acercan a esta cifra. La persistencia de una catolicidad con gran vitalidad junto con la grave crisis de una Iglesia de Estado que ha perdido el norte y se ha entregado a los «vientos del momento» son algunas de las claves que explican el crecimiento católico y el declinar anglicano.

A pesar de que podemos considerar este dato una buena noticia para la Iglesia católica, la situación

en Inglaterra no anima al optimismo. De los cerca de cincuenta y dos millones de habitantes, sólo veinticinco millones son bautizados en el anglicanismo, por lo que alrededor de veinte millones no reciben este sacramento. Además, considerando que en Gran Bretaña ya viven dos millones de musulmanes, en un futuro no muy lejano la Iglesia de Inglaterra podría incluso descender al tercer puesto en número de practicantes.

Triste final para lo que se inició también de modo triste, por motivaciones políticas y personales y entre la sangre de numerosos mártires fieles a Roma. En cualquier caso, parece evidente que las iglesias nacionales, meros instrumentos al servicio de los intereses del poder político, no son capaces de dar respuesta a las cuestiones que los hombres necesitan responderse. Tras un relativo auge ligado a la expansión del imperio británico, con su decadencia y desaparición, la Iglesia anglicana se ha ido marchitando. El modernismo rampante ha hecho el resto.

La situación de los cristianos en Pakistán

LA vida de los cristianos en Pakistán, el país de los puros, emblema de país musulmán consecuente, se caracteriza por la discriminación y la pobreza, en palabras de monseñor Lawrence John Saldanha, arzobispo de Lahore y presidente de la Conferencia Episcopal.

Los cristianos pakistaníes forman una pequeña comunidad en medio de una abrumadora mayoría musulmana: de los 165 millones de habitantes, el 97 % es musulmán mientras que los cristianos representan el 2,5 % de la población y los católicos son 1,2 millones.

El arzobispo de Lahore ha explicado que los cristianos son discriminados y condenados a la pobreza, lo que constituye una dinámica que se autoalimenta: debido a la pobreza los niños no permanecen en las escuelas sino que van a trabajar muy pronto, condenándolos a no prosperar nunca. Además, si alguno consigue despuntar, el estatuto de *dhimitud* inspirado en el Corán se encarga de evitar

que pueda mejorar socialmente. Por si fuera poco, la llamada «ley contra la blasfemia» sigue justificando numerosos abusos y se utiliza de modo habitual para venganzas políticas o personales en contra de cristianos. No obstante, la Iglesia sigue viva y dando testimonio de Cristo también en tierras de islam, aguardando entre sufrimiento el día en que también los musulmanes reconocerán a Jesucristo, no como un gran profeta, sino como el Hijo de Dios que es.

Chirac: nuevas revelaciones a pocos meses de su marcha

EN 1980 el alcalde de la capital de un país europeo va a Roma, de visita al Papa recientemente elegido, Juan Pablo II, para tratar de explicarle dónde sería mejor que fuera —y no fuera— en el transcurso de su próxima visita a aquel país. No obteniendo satisfacción por parte del Papa, que —como se descubrirá durante los años siguientes— es todo menos aquel polaco ingenuo y manipulable que una cierta prensa en aquellos años describe, el alcalde declara que ha llegado la hora de «vomitar la civilización romana que nos ha despojado de nuestra identidad y de nuestra alma celta». «[...] El cristianismo —prosigue el hombre político, que ya había sido primer ministro de su país (pero que entonces ya no lo era)— no tiene ni la antigüedad, ni la tolerancia ni la verdadera profundidad mística de las grandes religiones asiáticas. Nuestras raíces no se encuentran ciertamente aquí en Roma, y es una impostura pretender que nosotros hayamos nacido de Roma y de Atenas».

El personaje en cuestión se llama Jacques Chirac, y el hecho de que un hombre con ideas semejantes haya dominado la política europea por más de un cuarto de siglo dice mucho acerca de la actual trágica condición de Europa. En cuanto a los Estados Unidos, una vez elegido presidente de la República francesa, Chirac declarará: «Tengo un principio sencillo en política exterior. Miro lo que hacen los americanos y hago lo contrario. Es entonces cuando estoy seguro que tengo razón». Un colaborador suyo asegura que «el anti-americanismo entendido como rechazo de Occidente (...) forma parte del núcleo duro de sus convicciones».

Son algunas perlas de *Chirac d'Arabie*, un libro hartamente esperado en Francia y recién publicado por la editorial Grasset, donde dos periodistas del diario *Libération* (con un pasado trotskista y un presente socialista), Christophe Boltanski y Eric Aeschmann, narran la larga historia de las relaciones entre el presidente y los países islámicos. A pesar de los prejuicios políticos de los autores, el

libro es de gran interés. Asoma el retrato de un hombre significado por su rechazo de todo lo que pueda sonar a cristiano y occidental. Bajo el influjo de una cierta cultura paganizante «tradicionalista», muy de moda en círculos evolianos y guenonianos, a los catorce años el bachiller Chirac estudia el sánscrito y proclama que la verdadera *Tradición* sobrevive solamente en Oriente y en particular en las doctrinas de India.

Siendo militar en Argelia, se convence de que la *Tradición* no está viva sólo en India, sino también y sobre todo en el islam. El filo-islamismo de Chirac procede por tanto de una confusa aproximación a un cierto tradicionalismo no católico, y es distinto del tradicional filoislamismo de la diplomacia francesa influida por el estudioso católico del islam Louis Massignon. Este último era de hecho filochií, mientras que Chirac ha desconfiado siempre de los chiíes prefiriendo a los sunnís, de aquí la plurianual amistad (y los negocios) con el libanés Rafic Hariri y los anatemas tras el asesinato de Hariri en 2005 contra el régimen alauita (esto es, adherido a un cisma chií) sirio, un régimen inventado en su momento por una diplomacia francesa ampliamente inspirada por Massignon.

Pero para Boltanski y Aeschmann se trata de un «exotismo» de aficionado, que no ahonda en las tradiciones que dice amar y que —transformado en política— se traduce en una predilección por «el islam de los jefes» (preferentemente déspotas) respecto del «islam de los pueblos». De aquí los aspectos más incómodos para Chirac del libro, entre los cuales sobresale la cordial relación con Saddam Hussein, surgida cuando Saddam era el jefe de los servicios secretos iraquíes y alimentado por el común amor por el lujo (que en otras épocas también unió a Chirac con tantos déspotas africanos). Aviones especiales iraquíes llevaban a Chirac a París las exquisitas carpas del Tigris, recién pescadas, mientras Saddam llegaba de incógnito a Provenza para asistir a falsas corridas organizadas por el amigo presidente.

Ante la ideología baasista del partido de Saddam, Chirac se entusiasma y comenta que conjuga «el nacionalismo en el mejor sentido del término y el socialismo como forma de movilizar las energías y de organizar la sociedad del mañana, ambos sentimientos muy próximos al corazón de los franceses». Y ante la barbarie del uso de armas químicas por parte de Saddam contra la población kurda, algunos no dudan en afirmar que a fin de cuentas es algo que se puede comparar a la lucha de los *bleus*, los feroces soldados de la represión jacobina durante el Terror, contra los vendeanos. Resulta inútil matizar que las simpatías de Chirac no van dirigidas a los vendeanos.

Sólo la soberanía de Cristo puede dar al mundo el primer elemento de su progreso: la posesión de la verdad

Los dos números de CRISTIANDAD del mes de marzo del año 1947 eran de una gran densidad. El primero estaba dedicado en su mayor parte a santo Tomás –entonces su fiesta se celebraba el 7 de marzo–, a la filosofía tomista y a la escolástica; y el del día 15, a Donoso Cortés y a la influencia que sus escritos –en especial su Ensayo y su Carta al cardenal Fornari– pudieron tener en la redacción del Syllabus. Podíamos haber elegido alguno de estos temas para cumplimentar esta sección, pero nos hemos inclinado por un artículo de Pedro Basil porque acude a lo esencial, a la soberanía de Cristo. Basil fue uno de los «antiguos» de nuestra revista. En la nota necrológica que el doctor Canals le dedicó (véase CRISTIANDAD, núm.889-890, agosto-septiembre de 2005), destacó su compenetración profunda con el padre Orlandis y su programa espiritual y social, y cómo este programa «se había convertido, en Basil, en carne y sangre, en algo perteneciente a su vida toda». Este artículo que reproducimos es una muestra de la profunda formación y de la firme convicción de la soberanía de Cristo sobre el mundo que Basil atesoraba, nacidas bajo la tutela del padre Orlandis. Hay, además, en este texto un aspecto adicional que completa nuestro interés en reproducirlo: su juicio sobre la decadencia de Europa como consecuencia de su alejamiento de la fe cristiana. La denuncia de la decadencia

de Europa por haber abandonado su esencia cristiana no es ni era nueva; Donoso Cortés ya la había formulado un siglo antes. Pero hoy es más dramática. Nuestro número anterior estaba dedicado al islam y se decía en la «Razón del número»: «A los ojos del mundo islámico, el Occidente poscristiano es visto como una cultura decadente que hay que aprovechar esperando el momento en que de nuevo puedan intentar asimilarla». En estos sesenta años, los restos de verdad cristiana que Basil todavía veía en Europa y que mantenían viva, aunque decadente, su civilización se han eclipsado casi completamente. El temor está, pues, plenamente justificado. Es urgente atender al llamamiento de Juan Pablo II en su exhortación apostólica Ecclesia in Europa: «Europa, que estás comenzando el tercer milenio, “vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces”. A lo largo de los siglos has recibido el tesoro de la fe cristiana. Ésta fundamenta tu vida social sobre los principios tomados del Evangelio y su impronta se percibe en el arte, la literatura, el pensamiento y la cultura de tus naciones. Pero esta herencia no pertenece solamente al pasado; es un proyecto para el porvenir que se ha de transmitir a las generaciones futuras, puesto que es el cuño de la vida de las personas y los pueblos que han forjado juntos el continente europeo».

El mundo y la verdad

Las ideas, se ha dicho, gobiernan el mundo.

«Apenas existe una acción humana –dice Tocqueville– que no tenga origen en una idea muy general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes para con sus semejantes...».¹ Y si esto es así en el marco de la vida privada, no lo es menos aún en aquella esfera en

que las acciones trascienden a la vida social. Ya observaba Balmes: «No se hacen grandes mudanzas en la sociedad, si no se verifican primero en el orden de las ideas, y es endeble y de escasa duración todo cuanto se establece o contra ellas o sin ellas».²

Hay, verdaderamente, en el fondo de toda sociedad ciertas ideas base, ciertos principios fundamentales, que marcan e informan toda su vida: según sean ellos, así serán sus instituciones, sus leyes, su arte, sus costumbres. Vienen a ser, por así decirlo,

1. Tocqueville: *De la democracia en América*.

2. Balmes: *El Protestantismo*, tomo II, cap. XXX.

como el alma de cada pueblo. Así se habla, por ejemplo, del espíritu de Grecia o de Roma, y aun del espíritu de éste o de aquel siglo. Ya decía Torras y Bages: «Conoce un pueblo quien conoce su pensamiento».

Es, pues, de suma importancia que los hombres tengan, sobre estos puntos vitales, ideas verdaderas. «El hombre no puede vivir moralmente si no conoce con certeza la verdad moral».³ Cualquier error –lo demuestra la historia– puede producir las más graves consecuencias. El olvido de alguna de estas verdades, la unidad de Dios y la igualdad y dignidad de los hombres, pudo muy bien, por sí solo, ser causa de los dos peores males del mundo antiguo: la idolatría, y la esclavitud.

Mas, como observa Tocqueville, es por cierto sumamente difícil que los hombres, entregados a sí mismos, puedan con sólo el esfuerzo de su razón adquirir, sobre tales materias, ideas bien fundadas. Y a la debilidad de la inteligencia, aún habría que añadir el poder cegador de las pasiones. Por eso Balmes, al considerar la fuerza social de las ideas, las distingue en dos órdenes: unas que lisonjean nuestras pasiones, otras que las reprimen. «Las primeras –dice– no puede negarse que tienen una fuerza expansiva inmensa: circulando con movimiento propio, obran por todas partes, ejercen una acción rápida y violenta, no parece sino que están rebosando de actividad y de vida. Las segundas, en cambio, progresan lentamente, necesitan apoyarse en alguna institución que les asegure estabilidad».⁴

Pero, ¿qué institución humana existe, capaz de defender contra los ataques de las pasiones la verdad moral?

¿Será, acaso, el poder civil? Mas, ¿por ventura no está este poder encarnado en hombres, sujetos como los demás a sus pasiones, y mayormente quizás al orgullo y la ambición de dominio, que es la peor de todas? La tiranía y el cesarismo, de los que tantos ejemplos ofrece la historia, ¿no son una prueba de ello?

¿Estará, tal vez, en la opinión o conciencia pública este poder moderador? Pero si de lo que se trata es precisamente de formar y preservar de errores esta conciencia pública. Y en todo caso, ¿de qué se forma esta conciencia?

¿De los sentimientos de las masas? ¿Se pretenderá, entonces, que los buenos principios surgen espontáneamente de tales sentimientos? ¿No vemos, por desgracia, cómo las masas, sin un fuerte contra-

peso espiritual, propenden naturalmente al materialismo? ¿No ha llegado incluso a decirse que «no es la conciencia del hombre la que determina su existencia, sino al contrario, su existencia social –es decir, la lucha por los intereses materiales– la que determina su conciencia»?⁵

¿Serán, acaso, los sabios, los intelectuales, la aristocracia de la cultura, en suma, los encargados de tan alta misión?

Pero, aun descontando que en estas alturas no dejan de soplar también las pasiones, ¿no es cierto que, al acercarse a los primeros principios, se encuentra el entendimiento rodeado de espesas sombras? ¿No ha llegado a decirse por un profundo pensador que toda nueva verdad es el umbral de una nueva ignorancia? Y por lo que toca a las grandes especulaciones sobre Dios, el origen y destino del hombre, los principios elementales de la moral, es decir, sobre las cuestiones más vitales para la humanidad, ¿de cuántas extravagancias y delirios no es testigo la historia de la cultura? El mismo error de la esclavitud –ultraje de la humanidad y escándalo de la razón, como le llama Balmes–, ¿no fue compartido por los mayores sabios de la antigüedad, un Platón y un Aristóteles, por ejemplo? Y en último término, ¿a qué han conducido todas las cavilaciones de los sabios, confiados en sus propias luces, sino al oscurecimiento de las verdades naturales o, en el mejor caso, a recorrer mil veces el mismo camino, para encontrar en un extremo aquellas sencillas verdades y en el otro el escepticismo?

¿Bastará, entonces, una religión natural cualquiera, forjada por los hombres, para resolver este problema, o será que Dios ha procurado llenar en un orden superior este inmenso vacío del orden natural?

... et lux in tenebris lucet

Es verdad «que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza en las cosas creadas, con la luz natural de la razón humana; pues sus perfecciones invisibles, después de la creación del mundo, se han hecho visibles por el conocimiento de sus criaturas»;⁶ como verdad es, también, que las normas fundamentales de la moral pueden ciertamente conocerse con la luz sola del entendimiento humano.

Pero, aunque esto es así en absoluto, cierto es también que moralmente es imposible que los hom-

3. Consúltese la magistral obra del padre E. Ramière: *La soberanía social de Jesucristo*, en cuyo capítulo V se estudia extensamente la tesis que lleva por título el presente artículo.

4. Balmes, obra y lugar antes citados.

5. Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*.

6. Concilio Vaticano: *Constitución dogmática sobre la fe católica*.

bres en general «puedan conocer claramente, con firme certeza y sin ninguna mezcla de error, todo aquello que en las cosas divinas –y lo mismo podría añadirse en las morales– no es de por sí inaccesible a la humana razón, aun en la presente condición del género humano».⁷ La historia de la filosofía y la de las religiones comprueba plenamente esta verdad.

Por eso, el mismo Dios «vino en auxilio de la razón humana por medio de la revelación, a fin de que el hombre, aun en la actual condición en que se encuentra, pueda conocer fácilmente, con plena certidumbre y sin mezcla de error alguno, las mismas verdades naturales que tienen por objeto la religión y las costumbres...».⁸

La revelación de estas verdades no era, pues, *absolutamente* necesaria, puesto que en absoluto la razón humana podía conocerlas. Pero sí que era *moralmente* necesaria para que los hombres pudiesen conocerlas fácilmente, con firme certeza y sin mezcla de error.

Y Dios, en su infinita bondad, no se limitó a revelar estas verdades naturales, sino que «habiendo destinado al hombre a un fin sobrenatural, esto es, a participar de los bienes divinos, que superan totalmente la comprensión del humano entendimiento», le descubrió las verdades del orden sobrenatural, inaccesibles a toda inteligencia creada, y cuya revelación era de una necesidad *absoluta*, aunque *hipotética*, es decir, absolutamente necesaria si Dios quería que las conociéramos.

E hizo más: envió al mundo su Unigénito, el Verbo eterno de Dios, «para dar testimonio de la verdad»... y, como la humanidad, entregada a sus propias fuerzas, no es una depositaria fiel de la verdad, instituyó la Iglesia, a la que confió este sagrado depósito con encargo de conservarlo y difundirlo por todo el mundo, prometiéndole su asistencia hasta el fin de los siglos.

Jesucristo, reinando por medio de la Iglesia, es, pues, el único que puede asegurar al mundo el pri-

mer elemento de su progreso, la posesión de la verdad. Esta es la única institución capaz de defender, contra la debilidad de las inteligencias y la fuerza de las pasiones, aquellas verdades necesarias para el progreso y la perfección moral de los pueblos. Por eso pudo decir Pío XI: «no hay otra institución

que pueda custodiar la santidad del derecho de gentes... Ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su misma naturaleza y constitución, ya por la majestad que le dan los siglos...».⁹

Mas, ¿con qué condición –pregunta el P. Ramière– podrá la sociedad recibir del Verbo encarnado la verdad moral, necesaria a la vida temporal de las sociedades al propio tiempo que la verdad sobrenatural, sin la cual los individuos no pueden cumplir sus inmortales destinos? Con una condición tan sólo: que los pueblos reconozcan la soberanía social de Jesucristo, es decir, «el derecho que posee el Hombre Dios, y con Él la Iglesia, de ejercer su divina autoridad en el

orden moral, sobre las sociedades, así como sobre los individuos; y la obligación que semejante derecho impone a las sociedades de reconocer la autoridad de Jesucristo y de la Iglesia en su existencia y en su acción colectiva, de la misma manera que debe ser reconocida por los individuos en su fuero interno y en su conducta privada».¹⁰

La Europa cristiana

Sin duda, hasta el día de hoy, la sociedad que más se aproximó a este ideal del Reino de Cristo fue la Europa cristiana. No es extraño, pues, que ella obtuviera el cetro de la civilización y que, pese a sus imperfecciones, ésta haya sido en verdad la que mayor altura moral ha alcanzado.

¿A qué debió, si no, la vieja civilización europea su inmensa superioridad sobre las otras? ¿De dónde salió con ese sello de dignidad, con ese espíritu or-



León XIII

7. Concilio Vaticano, ídem.

8. Pío XI: Enc. *Casti connubii*.

9. Pío XI: Enc. *Ubi arcano Dei*.

10. E. Ramière: *La soberanía social de Jesucristo*.

gánico de fraternidad, con ese ideal de universalidad que le caracteriza?

Con razón dice León XIII: «Si la Europa cristiana domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fiereza a la mansedumbre, de la superstición a la verdad; si rechazó victoriosa las irrupciones de los mahometanos; si conserva el centro de la civilización, y ha solido ser maestra y guía al resto del mundo para descubrir y enseñarle todo cuanto podía redundar en pro de la humana cultura; si ha procurado a los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus diferentes formas...», todo ello lo debe a la religión de Cristo.¹¹

Y no es que en aquella Europa no hubiera males, pues los había y muy graves, pero al menos eran conocidos y se los llamaba con su nombre. No se apellidaba bien al mal, y mal al bien. Y «aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo derecho permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran las naciones mismas juzgadas».¹²

El dilema de la Europa moderna

Hoy todo el mundo habla, y con razón, de la decadencia de Europa, de la crisis de nuestra civilización; pero pocos se paran a considerar que esta crisis y esta decadencia coinciden con otro hecho no menos visible: la pérdida del cristianismo en la sociedad europea. ¿No es natural, pues, que perezca nuestra civilización, si el cristianismo era el alma de Europa?

La verdad ha huido de nuestra civilización, y si ésta, aunque decadente, sobrevive aún, es por los restos que todavía conserva de aquella verdad. La sociedad moderna no se inspira ya en el cristianismo, mantiene sí algunos restos de sus principios, algunos sentimientos que aún pueden llamarse cristianos, pero les falta la base, el principio superior que les da vida. Sobre su arena movediza no puede sostenerse ningún edificio sólido.

11. León XIII: *Immortale Dei*.

12. Pío XI: *Ubi arcano Dei*.

Nuestra civilización vive, por así decirlo, de renta. Derramado, como estaba, el espíritu cristiano por todas las venas de nuestras sociedades, impreso su sello en todas partes, mezclado su lenguaje en todos los idiomas... en una palabra, filtrado el cristianismo en todas las manifestaciones de nuestra vida, es

natural que algunos de sus frutos sobrevivan, cual luz crepuscular al ponerse el día. Pero son como las ramas de un árbol al que hubiesen cortado la raíz: conservan por algún tiempo cierta lozanía, que es sólo una apariencia de vida. Por eso, cuando aquellos principios se ponen a prueba, cuando aquellos sentimientos chocan contra la fuerza brutal de las pasiones, los vemos sucumbir estrepitosamente. ¿Qué sucede, por ejemplo, con el sentimiento de la dignidad de la persona humana, que nuestra sociedad, gracias a Dios, se ufana en conservar todavía? Sin fuerza ni valor, por faltarle un principio superior en que apoyarse, ¿no resulta un mero convencionalismo que a la primera revolución no cuenta ya para nada?

Y es que nuestra civilización es hija de la verdad y no puede sobrevivir sin ella. Los vestigios de verdad que han contenido, o contienen, las demás civilizaciones, podrán bastar a otros pueblos para mantener cierto reposo, un reposo que cuando no es efecto de la fuerza es la misma inmovilidad. Pero a Europa —y no la Europa estricta o geográfica, sino todo aquel mundo que ha conocido la verdad y, en cierto modo, es hijo de nuestra civilización— no pueden bastarle unas verdades parciales. Necesita la verdad moral toda entera, «*omnem veritatem*». Por eso no caben para ella más que dos soluciones: o abrazar totalmente la verdad, o debatirse en una constante lucha, en una inquietud continua... que puede acabar en un nuevo servilismo.

Si la soberanía social de Jesucristo es una necesidad para el progreso y perfección moral de los pueblos, para Europa, pues, y para todo aquel mundo que es hijo de nuestra civilización, todavía es más: es una condición necesaria para su existencia y conservación. Aplicando la predicción que un día Torras y Bages hizo a nuestro pueblo, podemos muy bien decir: Europa o será cristiana, o dejará de ser Europa.



Pío XI



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

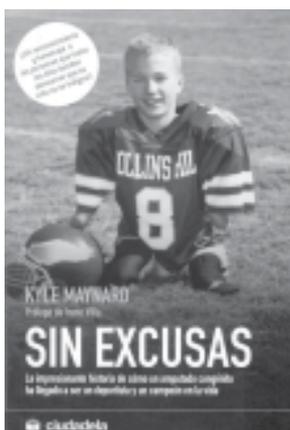
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

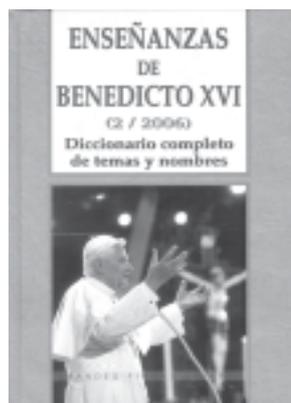
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Sin excusas

Autor: Maynard, Kyle
Editorial: Ciudadela
200 páginas
Precio: 19,70 €
Historia de Kyle Maynard, de las dificultades que encuentra un minusválido en su vida cotidiana, sus esfuerzo de superación, el testimonio de su entrenador y la importancia de la familia y de la fe que le dio fuerzas para encarar las más duras batallas. Tras el reportaje del diario *El País* sobre el suicidio asistido de la enferma de Ela Madeleine Z., este libro intenta dar una visión alternativa sobre la vida de muchos enfermos o minusválidos que afrontan el reto de vivir diariamente.



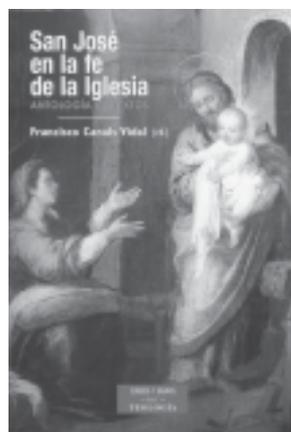
Enseñanzas de Benedicto XVI (2 / 2006)

Autor: VV. AA.
Editorial: Edibesa
1025 páginas
Precio: 35,00 €
Tras la excelente acogida que ha tenido el primer volumen «Enseñanzas de Benedicto XVI», que recoge todo lo que dijo y escribió el Papa, de abril a diciembre de 2005, Edibesa ofrece el segundo volumen, correspondiente a todo el año 2006. Comienza en enero y contiene la primera encíclica –*Deus caritas est*–, el documento más extenso de Benedicto XVI, cuyo texto íntegro ofrecemos al final del libro.



La historia de España

Autor: Marcelino Menéndez Pelayo
Editorial: Ciudadela
352 páginas
Precio: 19,50 €
Esta obra no es un manual de historia, sino la brillante reflexión sobre nuestro pasado común de una de las cabezas más significadas del pensamiento español, no es el fruto de planteamientos nacionalistas, sino que se enmarca en la auténtica concepción tradicional de lo político: un amor concreto a la forma histórica de lo español en cuanto que bueno



San José en la fe de la Iglesia

Canals Vidal, Francisco (ed.)
Editorial: BAC
264 páginas
Precio: 16,50 €
Esta antología no es exhaustiva. Tampoco va directamente orientada a lo devocional. Lo que se ha pretendido es señalar los hitos fundamentales en la comprensión de la figura de san José. Para ello se han tenido en cuenta las enseñanzas del Magisterio y de los santos, aunque no han podido obviarse otros autores que, por su josefología, no debían

faltar en este trabajo. No se cierra así la reflexión sobre el Patriarca del Pueblo de Dios, y un estudio más amplio de su figura redundará no sólo en beneficio de la teología, sino también de la vida de la Iglesia.

CONTRAPORTADA

La adoración eucarística

La adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos una sola cosa con Él y, en cierto modo, pregonamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial. La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, «sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros».

Por tanto, unido a la asamblea sinodal, recomiendo ardientemente a los Pastores de la Iglesia y al Pueblo de Dios la práctica de la adoración eucarística, tanto personal como comunitaria. A este respecto, será de gran ayuda una catequesis adecuada en la que se explique a los fieles la importancia de este acto de culto que permite vivir más profundamente y con mayor fruto la celebración litúrgica. Además, cuando sea posible, sobre todo en los lugares más poblados, será conveniente indicar las iglesias u oratorios que se pueden dedicar a la adoración perpetua. Recomiendo también que en la formación catequética, sobre todo en el ciclo de preparación para la Primera Comunión, se inicie a los niños en el significado y belleza de estar junto a Jesús, fomentando el asombro por su presencia en la Eucaristía.

Además, quisiera expresar admiración y apoyo a los institutos de vida consagrada cuyos miembros dedican una parte importante de su tiempo a la adoración eucarística. De este modo ofrecen a todos el ejemplo de personas que se dejan plasmar por la presencia real del Señor. Al mismo tiempo, deseo animar a las asociaciones de fieles, así como a las cofradías que tienen esta práctica como un compromiso especial, siendo así fermento de contemplación para toda la Iglesia y llamada a la centralidad de Cristo para la vida de los individuos y de las comunidades.

BENEDICTO XVI: Exhortación apostólica
postsinodal *Sacramentum Caritatis* (13-03-2007)